

Un relato  
en Gromma

---

Canete



# UN REBATO EN GRANADA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO,

ORIGINAL

DE DON MANUEL CAÑETE.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE D. ANTONIO YENES,  
*calle de Segovia, n. 6.*

1845.

THE HISTORY

OF THE

REIGN OF

CHARLES THE FIRST

---

# Prólogo.

---

Vista de los precipicios cercanos á Tablate en la Alpujarra. A la izquierda, en primer término, una cabaña que ocupará gran parte del escenario, con puertas al foro y á la izquierda del actor. Es casi de noche.

## ESCENA PRIMERA.

ZAFIRA, *que aparece en lo alto de un peñon grande, mirando hácia el horizonte teñido aun de un color sonrosado.*

ZAFIRA. Ya pardas nubes ocultan  
la roja lumbre del sol  
cual velan hondos pesares  
mi sensible corazon.  
¡Oh noche, ven, con tu manto  
cubre la tierra veloz  
amiga de los que sufren,  
protectora de mi amor!  
¡Ven, noche; ven, y en tus alas  
esconde nuestro baldon,  
ya que tan solo nos resta,  
proscriptos, muerte y horror!  
(*Baja del peñasco y entra en la cabaña.*)  
¡Ay! ¡cuánto tarda mi padre!  
¡cuánto tarda!... El arrebol  
postrero del dia huye

y aun no vuelve... ¡Santo Dios!...  
 ¿Mi hermano habrá sucumbido?...  
 Ni el mas lejano rumor  
 se escucha; todo emudece  
 y aumenta mi angustia atroz!...  
 ¡Oh! ¡mas la muerte valiera  
 que tan dura situacion!...  
 ¡mas valiera!... ¿y mi Gonzalo?  
 ¿morir y perderle?... ¡no!  
 Siento pasos... ¡Ah! ¡mi padre!

(*Saliéndole al encuentro y preguntándole con ansiedad.*)

¿Qué es de Huscen!

HAMET. (*Baja con dificultad por los peñascos con un canastillo en el brazo y un baston en el que se apoya.— Su aspecto debe ser muy venerable.*)

¡Sábelo Dios!

## ESCENA II.

ZAFIRA.—HAMET.

ZAFIRA. ¿Señor, qué me decís?

HAMET. Harto padezco  
 en ignorar su suerte.

ZAFIRA. Por ventura...

HAMET. ¡Nada de cierto sé, pues mis afanes  
 solo han servido de aumentar mi angustia!

ZAFIRA. ¿Y Muley, qué os da dicho?

HAMET. Su cabaña  
 del castellano la sangrienta furia  
 trocó en pavesas... ¡infelices moros!  
 ¡cuán tremendos peligros os circundan!

ZAFIRA. ¡Decidlos por piedad!

HAMET. Esta mañana,  
 no bien el alba con su lumbré pura  
 las empinadas crestas de los montes  
 empezó á iluminar, triste, confusa  
 la angustiada razon, con paso incierto  
 crucé mil sendas ásperas y ocultas,  
 y á casa de Muley llegué:... ¡qué cuadro!...  
 ¡la voz se queda en la garganta muda  
 al quererlo pintar!... ¡Mis turbios ojos,

lágrimas derramando de amargura,  
tan solo escombros humeantes vieron  
do se alzaba su hogar; y entre una turba  
de soldados famélicos, al triste  
miré ser blanco de sangrienta burla!

ZAFIRA. ¡Qué horror, padre, qué horror!

HAMET. (*Con acento inspirado y profético*) ¡Estaba escrito  
que los hijos de Agar en su locura,  
con vil placer afeminando el alma,  
por fin perdiesen su grandeza augusta!...

¡Estaba escrito!... y la tremenda hora  
llegó á sonar de espñacion tan cruda!...

¡Qué de males de entonces!...—Yo, infelice,  
á quien el peso de la edad cadauca  
casi en el borde del sepulcro aplana,  
tanto afan no veré, porque á la tumba...

ZAFIRA. ¡Callad, padre, callad, que harto terribles

son los negros horrores que me auguras,  
y que implacables cual pesada losa  
dentro del pecho el corazon abruman!

¡No basta, no, que del Eden florido  
do apacienta el Genil sus linfas puras  
sobre un lecho brillante de esmeraldas  
lejos nos lleve nuestra suerte adusta;  
es preciso tambien que de estos montes  
que por ocultos ni aun el sol alumbra,  
donde á la sombra de cabaña humilde  
quien palacios gozó placeres busca,  
en su curso fatal nos arrebate  
de atroz destino la implacable furia!

¡Proscriptos ya, do quiera que se mira  
en España lucir la media luna,  
allí el cadalso! ¡y aun los turbios mares  
nos niegan en su centro sepultura!—  
¿Pero Huscen dónde está?

HAMET. ¡Quién sabe!...

ZAFIRA. (*Con mucha ansiedad.*) ¿Ha muerto?

HAMET. ¡Pluguiese á Alá!

ZAFIRA. Pluguiese... ¿qué pronuncias?

HAMET. Sí; ¡tálamo glorioso es el sepulcro  
para el que noble la opresion rehusa!  
y entre la esclavitud que nos aguarda

y la muerte...

ZAFIRA. (*En tono de reconvencción.*) ¡Señor!...

HAMET. Mi alma no duda;

la muerte pido de mi raza entera  
si ha de sufrir al que feroz la insulta!—

Pero ¡ay! no; las musulmicas falanges,  
ya por do quier vencidas en la lucha,  
cobardes huyen cual mugeres viles...  
¡y ni aun saben morir!

ZAFIRA. ¡Oh desventura!...

¿Mas qué sabeis de Huscen?

HAMET. Esta mañana

cual bravo peleó, pues nunca, nunca  
desmintiera su sangre... pero... ¡ay cielos!  
No le fué favorable la fortuna.

ZAFIRA. ¿Qué? ¿cautivo tal vez?...

HAMET. No: mas presumo...

ZAFIRA. Dí.

HAMET. Que un asilo do esconderse busca  
á llorar su vergüenza...

ZAFIRA. ¡Ó su desgracia!—

¿Dónde ese rudo encuentro?...

HAMET. Junto á Dúrcal.

Me han dicho que unos tercios le batieron  
de castellanos, y apeló á la fuga  
luego que estéril contempló su muerte  
en aquellos momentos.

ZAFIRA. Sí, sin duda

corre á inflamar el ánimo abatido  
de la morisca grey, y en nuevas luchas  
á lanzarse veloz, acrecentando  
nuestro horrible penar y nuestra angustia.  
Mas... ¿qué teneis?

(*Yendo á socorrer á Hamet que se deja caer en una banqueta.*)

HAMET. ¡Las fuerzas agotadas...

y el peso del cansancio que me abrumba.

ZAFIRA. (*Ayudándole á levantarse.*)

Descansad, padre, descansad.

HAMET. El sueño

mis ojos tristes con sus alas nubla:  
á lo menos benéfico el Profeta



me concede este don, y ¡ojalá nunca  
se volviesen á abrir, si al despertarme  
la infamia he de mirar que nos circunda!—  
Vela tú en tanto por si Huscen...

ZAFIRA. (*Conduciéndolo á la habitacion de la izquierda.*)

Descansa...

(*Aparte.*) mas no espero gozar tanta ventura.  
(*Deja á Hamet dentro del cuarto cuya puerta cierra con llave.*)

### ESCENA III.

ZAFIRA.

¡Ay de mí! las largas horas  
de la noche me verán  
padeciendo esta amargura  
que no se estingue jamás!  
El alma mia se agita  
en continuo batallar;  
mi pecho una losa oprime  
y es mi cabeza un volcan.  
Todo me asusta; en las sombras  
espectros miro vagar  
con fatídicos acentos  
gritándome «¡desleal!»  
y, entre visiones horribles,  
cual pesadilla tenaz  
siempre á mi hermano distingo;  
siempre le miro apurar  
el caliz de la desdicha,  
y, para mas ansiedad,  
tambien á Gonzalo veo  
á sus manos espirar!...  
¡Gonzalo! ¡Gonzalo!... ¡el alma  
que á mi alma ser le da!  
El que en mi pecho de fuego  
tiene su trono y su altar...  
Él... ¡cristiano!!... ¿Mas qué importa?  
Si el brazo justo de Alá  
no estingue mi ardiente llama,  
¿qué haré yo para no amar?—  
¡Padre mio, padre mio,

que yaces en blanda paz  
 á un dulce sueño entregado,  
 sueños goza, que, al soñar,  
 tal vez risueñas visiones  
 un eden te pintarán...  
 mientras yo velo y padezco  
 desolada y criminal!!

(*Embargan su voz los sollozos y queda abismada con el rostro oculto entre sus manos. — Despues de un momento de silencio aparece Gonzalo en la puerta del foro.*)

#### ESCENA IV.

ZAFIRA. GONZALO.

GONZ. ¡Zafira!

ZAFIRA. (*Saliendo como asombrada de su enagenamiento.*)  
 ¡Quién!...

(*Al ver á Gonzalo no puede dominar el primer impulso y corre á abrazarle.*)

Gonzalo.

GONZ. (*Estrechándola contra su corazon.*) ¡Prenda amada,  
 por fin te vuelvo á ver! Bendigo al cielo  
 que tanta dicha bondadoso vierte  
 en mi alma!... ¡qué hermosa!... ¡Oh! ¡cada dia  
 mas crece tu beldad, Zafira mia!

ZAFIRA. (*Turbada y batallando con encontrados afectos.*)  
 ¡Gonzalo!... ¡justo Alá!—Tiemblo... Gonzalo,  
 huye: déjame aquí con mis dolores  
 la desgracia llorar de mis amores!

GONZ. ¿Llorar? ¿Qué tienes, vida mia? ¿Ignoras  
 que solo aliento para amarte?

ZAFIRA. (*Prorumpiendo en llanto.*) Gesa;  
 yo no puedo...

GONZ. (*Con mucha ternura.*) ¿Por qué, dí, por qué lloras?  
 Enjuga esos luceros que humedece  
 tu llanto celestial; no te abandones  
 á un tirano dolor, cuando te veo  
 y en contemplar tu rostro me recreo!  
 ¿No te basta mi amor? Dí, ¿por ventura  
 no es para tí cual para mí el amarnos  
 piélago inagotable de dulzura?

Responde por piedad, responde...

ZAFIRA. ¡Ay triste!

Sí, Gonzalo; mas...

GONZ. (*Con interés.*) ¿Qué?

ZAFIRA. ¡La desventura

hoy como nunca su rigor nos muestra!

hoy mi pecho destroza... y... ¡desgraciada!

hoy mas cruel el precipicio horrible

que entre los dos habia...

GONZ. ¡El precipicio...!

¿qué me quieres decir?

ZAFIRA. ¡Eres cristiano...

y yo vendo á mi Dios, vendo á mi hermano

(*Movimiento de odio en Gonzalo.*)

con amarte!

GONZ. (*En tono de reconvencion.*) ¡Zafira!...

ZAFIRA. El infelice

por estas breñas como ciervo herido

corre á llorar su desventura, ansioso

de hallar puerto en la muerte de reposo.

GONZ. ¡Tu hermano!...

ZAFIRA. Sí, vencido por los tuyos,

errante, y agoviado con la afrenta

que vierte el vencedor sobre el que postra,

¿quién sabe lo que hará?—Su pecho es noble,

yo le conozco bien; fiera es su alma

para rendirse á la coyunda, y fuego

corre en sus venas en lugar de sangre.

Árabe digno de su noble estirpe

jamás su orgullo abatirá... ¡Contempla

si no debo sufrir, yo que te amo!

¡yo que mi vida por tu vida diera!...

¡yo... vil retoño de mi raza fiera!

GONZ. Zafira, dulce bien, angel hermoso;

¡ven á mis brazos y al olvido entrega

ese negro pensar!—¿No eres mi amada?

¿pues lo demas... qué importa?—Oye: en el pecho

no cabe el corazon cuando te miro

de dicha y de placer! ¡Tus negros ojos

son la luz de mi alma, y á tu aliento

todo mi ser estremecerse siento!—

Tanta felicidad, tanta ventura

¿quieres robar al que por tí suspira?...  
 ¡No, no me niegues, por piedad, Zafira,  
 tan inmenso placer; deja ese llanto,  
 ó me daré la muerte en tal quebranto!

ZAFIRA. ¡Tú morir! ¡tú morir!... calla, no vuelvas  
 á decirlo jamás: ¿qué, por ventura  
 has llegado á creer solo un instante  
 que haber pudiera en mi delirio amante  
 la mudanza menor?... ¡No, no; mas pura,  
 mas activa y voráz crece la llama  
 que con su ardiente fuego me consume;  
 y aunque en lucha tenáz siempre batallo  
 con la voz del deber, fuerzas no hallo  
 para romper de amor el fuerte yugo  
 que es de mi dicha sin piedad verdugo!

GONZ. Pues ven, y lejos de tan rudas breñas,  
 en la corte imperial del primer Cárlos  
 abjurando tu error, sé de la España  
 brillante joya que envidiosas vean  
 cuantas presumen de hermosura. ¡Vente,  
 y al abrir á la luz del cristianismo  
 los embotados ojos de tu alma  
 corona mi deseo, y con tu mano  
 premia el ardiente amor de tu cristiano!

ZAFIRA. ¡Ah! ¿qué exiges de mí? ¡Pide mi dicha,  
 pide mi salvacion, y si mi muerte  
 puede darte placer solo un instante,  
 rasga sin compasion mi pecho amante!—  
 Mas no pretendas que al olvido entregue  
 la ley en que nací: ¿quieres que impía  
 abandone mi fé, y hermano y padre  
 con perjurio tan torpe precipite  
 en la callada tumba?... ¡Ah! no: Gonzalo,  
 tú no querrás lanzar sobre mi frente  
 de su honda maldicion el rayo ardiente;  
 pues si ese el premio á mi cariño fuera,  
 si ese tu fino amor... ¡te aborreciera!

GONZ. Calla, Zafira; si me quieres, calla,  
 y no vuelva jamás, nunca tu labio  
 á proferir tal voz: yo, yo que anhelo  
 tornar en encantado paraíso  
 de placeres sin fin la senda oscura

que vamos á cruzar, guardar pudiera tal premio á tu querer?... No, mi Zafira. De dicha sin igual horas sia cuento; de cándida expansion dulces instantes, que un ángel en el cielo envidiaria, ¡hé aquí mi afan y lo que el alma mia anhela para tí! ¡Vente; partamos de estos ásperos montes, do los tuyos al peso sucumbiendo del destino de su tenáz error hallan el premio, mil dichas á gozar!—¿No ves las haces de moriscos valientes, al impulso de una suprema voluntad, en polvo quedar envueltas, y al que torpe y ciego permanece en su error cómo sucumbe? ¡Dios lo quiere! Su cólera-tremenda al árabe marcó, y... ¡ay del que emprenda el curso detener de su justicia! ¡Ni temas que la voz de la malicia culpe tan santa accion de vil flaqueza, que obedecer á Dios siempre es nobleza!

ZAFIRA. (*Turbada.*) Gonzalo...

GONZ. ¡Vente! ¡Vacilar un punto fuera buscar tu perdicion, y á un tiempo darme la muerte á mí! ¡Vente!

ZAFIRA. ¡Gonzalo!... ¡tiemblo!... ¡vacilo!...—¡mi infelice padre!... ¡mi pobre hermano!...

GONZ. (*Decidido.*) ¡Partirán mi casa! ¡suyas son mis riquezas!... ¡pero ahora debes solo pensar en nuestro hijo! ¿No es nada para tí? ¿quieres dejarle, y á ese Muley á quien tu ciego hermano te pretende enlazar, el alma mia sin compasion hiriendo, dar tu mano? ¿quieres esto cumplir?

ZAFIRA. ¡Ah! no; ya escucho secreta voz que á obedecer me incita, y pues estaba por la mano escrita del que enjendra la luz nuestra ventura, ya no vacilo mas; partamos hoy, pues no tu amante, no; tu esclava soy!



en el mundo, compasion!  
 ¡No mi pobre corazon  
 con tal furia desgareis!  
 ¡Yo sola soy la culpada:  
 yo, Huscen, que á Gonzalo quiero!...  
 ¡hiera pues el corvo acero (*A Huscen.*)  
 á tu hermana idolatrada!

Olvida ya tu cariño:  
 si tanto vengarte anhelas,  
 ¡hiere al punto!... ¿qué, recelas?  
 ¿tiembas hora como un niño?  
 ¿No hay en tu brazo valor  
 para herirme?... ¡Ah! ¡lo creia!  
 ¡Sí, mi hermano es todavia  
 quien así me tiene amor!

HUSCEN.

(*Conmovido.*) Zafira...

ZAFIRA.

(*Con alegría.*) ¡Gonzalo ven!

¡abre el pecho á la esperanza,  
 y olvida ya tu venganza  
 entre los brazos de Huscen!

GONZALO.

(*Turbado.*) Zafira...

ZAFIRA.

(*Tomando á Gonzalo de la mano.*) ¡Ven!

HUSCEN.

(*En tono de amarga reconvencion.*) Cristiano...

por qué tan cruelmente me destrozas  
 el corazon!... No basta,  
 no basta, dí, que la fortuna impía  
 haya á tus huestes concedido el triunfo,  
 que aun intentas rasgar el alma mia?

ZAFIRA.

Huscen... (*con dulzura.*)

HUSCEN.

¿No te ha saciado despojarme  
 de patria y gloria, del honor, de todo!...  
 y arrastrar nuestras frentes por el lodo?...  
 ¿Preciso era tambien arrebatarme  
 aun la ilusion postrera de mi vida;  
 la de mi sangre con la sangre unida  
 de Muley contemplar, del que descende  
 del tronco régio de Granada orgullo?  
 ¿Era preciso, aleve,  
 robar tambien la lumbre de mis ojos  
 en el solo consuelo  
 de mi padre infeliz?... ¡Ah! yo, cristiano,  
 juro á Dios que mi furia te arrancara

la existencia aquí mismo por villano,  
y en derramar tu sangre se gozara...  
¡si ella, presa en tu red, no te adorára!  
ZAFIRA. ¡Sí, yo le adoro, y ni vivir podría  
un hora sin su amor! Yo siento un fuego  
que dentro de mis venas  
la sangre inflama; cuyo activo impulso  
perturba mi razón, quema mi frente...  
y... ¡no puedo vencer, hermano mío,  
su encantador y extraño poderío!  
¡Sábelo: y pues tan grande  
es tu cariño para mí, no intente  
venganzas tu rencor; ama á Gonzalo,  
(*Con ternura.*)  
pues yo á los dos en mi cariño igualo!  
GONZALO. Zafira...  
HUSCEN.

Bien: un medio  
hay de que entregue yo mi justo enojo  
al olvido, y perdone  
su alevosa intención.—La desventura  
de este suelo feliz en que nacimos  
y el aire libremente respiramos,  
hoy nos arroja; y pues que ya perdimos  
cuanto bien en su seno disfrutamos...  
¡que al Africa nos siga, donde al menos  
no preparan cadalsos á los buenos!  
GONZALO. (*Sorprendido.*) ¡Yo al Africa!  
HUSCEN. (*Con entusiasmo.*) ¡Ventura,  
libertad en su centro nos espera!  
¡Grande allí el alma, como el ancho cielo,  
halla espacio sin fin para entregarse  
al placer, al amor!... ¡fuego allí es todo!  
¡y cuando el réjio sol con sus ardores  
la fuerza agosta, junto á amiga fuente,  
á la sombra feliz de una palmera,  
refrescando el ardor en la corriente,  
el alma grande como Dios se siente!!  
Gonzalo...

ZAFIRA.  
HUSCEN.

¿Qué decides?  
Deja este suelo donde esclavos moran,  
donde de falsa religion siguiendo  
los mentidos impulsos,



un fanático rey pactos sagrados  
rompe feroz de su poder valido.  
¡Ven al Africa! ¡Allí donde podemos  
aun tan felices ser; donde Zafira  
coronará de flores  
el tálamo nupcial de tus amores!...

Deja tu falsa religion, y deja  
á ese perjuro rey, que es vil deshonra  
servir leal á quien manchó su honra!

ZAFIRA.

(*En tono de súplica.*) ¡Gonzalo!...

GONZALO.

(*A Huscen indignado.*) ¡Basta, basta!

¡Sella el labio traidor, y no profane  
tu torpe lengua tan sagrados nombres!

¡Un vasallo leal, un caballero  
de sangre castellana,  
que adora á Dios y que á su rey venera,  
tan infames ultrajes no tolera!

HUSCEN.

¡Qué escucho! ¡aleve!

GONZALO.

¡Nunca,

nunca mientras palpita  
mi noble corazon dentro del pecho  
tan infame seré: sábelo, y piensa  
que aunque adoro á tu hermana, aunque Zafira  
dispone de mi vida ó de mi muerte,  
aunque es amarla ó perecer mi suerte,—  
cristiano y caballero,

para mí Dios y el rey es lo primero!

HUSCEN.

(*Ciego de cólera.*) ¡Pues bien, pídele, infame,  
á ese mentido Dios que te proteja!

¡Al punto has de morir!

ZAFIRA.

(*Aterrada.*) ¡Huscen!...

HUSCEN.

¡Al punto!

(*Se asoma á la puerta de la cabaña y suena un silbato.*)

ZAFIRA.

¡Hermano, por piedad!

GONZALO.

¡Zafira mia,

no le ruegues por mí: yo soy dichoso  
viéndote al espirar!

ZAFIRA.

(*Desesperada.*) ¡No, no, Gonzalo!

¡tú no puedes morir! no... ¡yo no quiero!

(*Se abraza á él.*)

HUSCEN.

(*A unos moriscos que salen, separan á Zafira  
de Gonzalo, y desarman á este.*)

- ¡Llevalde!
- ZAFIRA. (*Arrojándose á los pies de Huscen desesperada.*) ¡Por piedad, Huscen!...
- HUSCEN. (*A Gonzalo con furia.*) ¡Impío, tú has herido cruel el pecho mio, tú la has hecho infeliz!...
- ZAFIRA. ¡No, él es mi gloria!  
(*Corriendo á abrazarle.*)
- HUSCEN. (*Con gozo feroz.*)  
¡Hoy es mia la prez y la victoria!—  
(*A los moriscos, que los separan y se disponen á llevarse á Gonzalo.*)
- ¡Separadlos!...
- ZAFIRA. (*Suplicando.*) ¡Huscen!... ¡Hermano!...
- HUSCEN. (*A Gonzalo.*) ¡Tiembra!  
Hoy á mi raza vengo  
de tanto ultraje en tí: ¡tiembra, cristiano!
- GONZALO. ¡Yo no tiemblo jamás, soy castellano!  
(*Se lo llevan los moriscos.—Zafira dá un grito ahogado y cae desmayada.*)

FIN DEL PRÓLOGO.

---

# Acto primero.

---

Cámara de doña Aurora de Guzman en el palacio de don Gonzalo, con puertas al foro y á la izquierda del actor, y un balcon á la derecha del mismo. Mesas, sillas, cuadros, etc. Hay unas bujías encendidas sobre la mesa.

## ESCENA PRIMERA.

GINÉS y GARCIA, que aparecen acabando de arreglar la estancia.

GINÉS. ¿Acabásteis?  
GARCIA. Acabé.  
GINÉS. Pues ahora, amigo García, justo es descansar un rato; no todo ha de ser fatiga.  
GARCIA. Teneis razon; descansemos, que, pardiez, lo necesitan bien nuestros cuerpos.  
GINÉS. (*Presentándole una silla.*) Tomad.  
GARCIA. Aprecio la cortesía. (*Se sientan.*)  
GINÉS. ¿Qué pensais de nuestro amo?  
GARCIA. ¿Qué pienso?... Me maravilla, buen Ginés, esa pregunta.  
¿Qué he de pensar, por mi vida, sino que es un caballero como hay pocos?  
GINÉS. (*Hipócritamente.*) Es muy digna :

esa respuesta de vos,  
y mi opinion es la misma  
que seguís en ese punto;  
mas paréceme que implica  
en vos tal respuesta, ó mucha  
candidéz, ó gran malicia.

GARCIA. (*Sencillamente.*) No comprendo la razon.

GINÉS. Me explicaré:—yo queria  
preguntaros qué pensais  
de su tristeza continúa,  
de su aire sombrío, cuando  
tiene por muger tan linda  
jóven como doña Aurora,  
que es un sol!

GARCIA. Sin que se diga  
que es murmurar, yo tambien,  
al ver su melancolía,  
mas de una vez he pensado...

GINÉS. ¿Qué? (*Con mucha curiosidad.*)

GARCIA. Que algun pesar le agita  
que tiene raices hondas  
en su pecho.

GINÉS. Apostaria  
cuanto gano á que os asiste  
mucha razon.—Y hay quien diga...  
(nunca faltan maldicientes  
en el mundo) que su dicha  
nubla el recuerdo constante  
de... no sé qué aventurilla  
que con una mora tuvo  
cuando jóven...

GARCIA. ¿Sí?...

GINÉS. Y afirman...

(á tal la malicia llega  
de gente ociosa y baldía)  
que la abandonó, y á un hijo  
fruto de pasion tan fina.

GARCIA. Hombre, ¿es cierto?

GINÉS. Lo que oís:  
y aun cuentan que la Zafira...  
(tal la mora se llamaba)  
por su hermano sorprendida

con su amante, de la muerte  
 con heróica bizarría  
 librar quiso á D. Gonzalo,  
 mas sin fruto: y que la vida  
 debió señor al arrojo  
 de unos cuantos, cuya ira  
 destrozó en breves instantes  
 á la chusma descreida  
 que le llevaba á morir.

GARCIA.

¿Y ella entonces?...

GINÉS.

Huiría

segun creo; pues á poco  
 dejó su tierra nativa,  
 y á un tal Muley, moro ilustre  
 que á Orán huyó por seguirla,  
 dió su mano.

GARCIA.

¿Pero cómo?...

GINÉS.

Esto la fama publica.

GARCIA.

¡Pardiez!... Me sorprende mucho  
 historia tan peregrina.

GINÉS.

Como ha poco estais en casa  
 (*Con tono zalamero y adulator.*)  
 y tanto su señoría  
 os distingue, yo que soy  
 muy vuestro amigo...

GARCIA.

(*Cordialmente.*) Esa fina  
 amistad os agradezco.

GINÉS.

Y os quiero, tales noticias  
 os doy, porque no pequeis  
 de inadvertido algun dia,  
 y abrais la profunda llaga  
 que tanto le martiriza.—

GARCIA.

¡Es tan bueno D. Gonzalo!... (*Con hipocresia.*)  
 (*Con fuego.*) Sí, es verdad; no hay en Castilla  
 caballero mas cumplido  
 ni de un alma tan benigna.

GINÉS.

¡Cierto! ¡Y el pobre señor  
 trabaja tanto!... su vida  
 emplea en cuidar tan solo  
 de su ministerio; y dicha  
 muy grande es para Granada  
 que tan buen señor la rija

y gobierne, hoy sobre todo  
que la canalla morisca  
sacrilegos planes frágua  
de levantamiento!

GARCIA.

¡Indigna  
gente mora!... Si yo fuese  
un punto rey de Castilla  
ni á uno solo de esos perros  
en España dejaría.

GINÉS.

Decís bien; y D. Gonzalo  
tambien al hablar se irrita  
de esos... ¡qué! si no hay palabras  
para espresar bien lo inicua  
que es esa gente...—¿Habeis visto  
cómo á veces se horroriza  
D. Gonzalo al hablar de ellos?...  
¡Parece que ante su vista  
un espectro se presenta  
segun se turba!...

GARCIA.

Me admira  
cuanto me decís.

GINÉS.

Pues si hemos  
de ser francos, eso indica...

GARCIA.

¿Qué?

GINÉS.

(*Con misterio.*) Que ha oido D. Gonzalo,  
como yo, la algarabía  
de cadenas y rumores...

(*Bajando la voz con temor.*)

Algun alma en pena habita  
este palacio; algun moro  
de los que en aciagos dias  
lo poseyeron... sinó,  
decidme, ¿cómo se esplica  
que dentro de las paredes  
se oigan pasos?...

GARCIA.

Maravilla  
es en verdad; mas yo creo...

GINÉS.

(*En tono de supersticiosa credulidad.*)

¿A no ser la mora indigna  
que señor un tiempo quiso?...  
Dicen que murió, y podría  
venir cuentas demandando

con su hijo...

GARCIA. *(Santiguándose.)* No lo permita  
la divina Providencia!

GINÉS. *(Con sonrisa maliciosa.)*  
Pues si nó, casi creeria  
que algun amante doncé...  
¡Es doña Aurora tan linda,  
tan jóven!... Señor es triste,  
taciturno; y como niña  
que dió sin amor su mano  
por razones de familia;  
pues amaba á un caballero  
de ilustre sangre morisca  
que, ausente hace un año, solo  
por volverla á ver suspira,  
pudiera...

GARCIA. *(Levantándose y retirando su silla. Ginés reti-  
ra tambien la suya.)*

¡Callad, Ginés;  
no penseis tal villania!  
Don Gonzalo es caballero,  
su esposa la virtud misma,  
y... ¡guai de que el alma en pena  
que tanto os atemoriza,  
intente en su errante marcha  
castigar vuestra malicia!  
Mas... señor.

*(Viendo aparecer á don Gonzalo en el fondo.)*

## ESCENA II.

DICHOS. DOÑA AURORA, DON GONZALO, y un page que viene  
alumbrándoles y se retira.

AURORA. *(Desde la puerta del fondo á don Gonzalo que  
la trae de la mano.)*

No os molesteis.

GONZALO. No es molestia, bella Aurora,  
querer del sol que me alumbra  
seguir el curso.

AURORA. Lisonja  
cortesana inmerecida.

- GONZALO. No, por Dios; sois tan hermosa  
que el quilate mas subido  
de la mas alta lisonja,  
bosquejar pudiera apenas  
vuestras gracias.
- GARCIA. (*Aparte á Ginés con aire de satisfaccion.*)  
¿Veis?
- GINÉS. (*Aparte á Garcia.*) No importa:  
el amor en tales años  
rara vez el premio logra.
- GONZALO. ¿Ginés?
- GINÉS. ¿Señor?
- GONZALO. Despejad. (*Vase Ginés.*)  
Garcia, velar te toca  
en mi cámara.
- GARCIA. Obedezco. (*Vase.*)
- GONZALO. Adios pues, dulce señora  
de mi pensamiento; ¡adiós!  
No direis que os incomoda  
mi cariño; y aunque el alma  
se ensancha y placeres goza  
á vuestro lado, no quiero  
cansaros mas.
- AURORA. Vos ahora  
me ofendeis. Qué, ¿por ventura  
mereció vuestra persona,  
ni un solo punto siquiera,  
desaires á vuestra esposa?
- GONZALO. ¡No, jamás!... ¡pero á mis años  
se teme siempre!... ¡Ay Aurora!  
Cuando miro vuestros ojos  
que chispas brillantes brotan,  
cuando contemplo ese cútis  
hecho de nieve y de rosa,  
cuando veo ese candor  
propio de un ángel, zozobras  
mil me desgarran el pecho  
y en él vierten su ponzoña!...  
No es que tema que olvideis  
vuestro deber, que esa loca  
idea ni un solo instante  
herir pudo mi memoria;



pero á vuestra edad se anhela  
 gozar del mundo y sus glorias,  
 se apetece los saraos,  
 se suspira por las horas  
 de placer que otros disfrutau...  
 y vos, tan jóven y hermosa,  
 veis pasar la juventud  
 cual bella flor que se agosta  
 lejos del vergel de que era  
 la mas brillante corona!...  
 ¡Soy tan infeliz!

AURORA.

Vos mismo

acrecentais esa sorda  
 polilla que crudamente  
 amarga todas las horas  
 de vuestra existencia: acaso  
 no templé, siempre cuidosa,  
 vuestro mal con mis desvelos?...  
 No, Gonzalo, no en mi contra  
 pronuncieis esas palabras;  
 pues si soy jóven, me sobra  
 nobleza para guardar  
 siempre pura vuestra honra!

GONZALO.

¡No por Dios, no me culpeis!...  
 Yo os conozco bien, Aurora;  
 sé que sois de noble estirpe...  
 sé tambien que sois mi esposa,  
 y nada temo: mas hay  
 penas tan crudas, tan hondas,  
 que una vez herida el alma  
 ni se endulzan ni se borra!...  
 Yo padezco: á mi pesar  
 el alma mia destroza  
 un recuerdo...

AURORA.

¿Y no podeis  
 hacer que yo lo conozca,  
 para calmar...

GONZALO.

¡Imposible!!

AURORA.

¿Tan poca confianza logra  
 vuestra amiga?...—Los dolores  
 ocultos, que nos agobian  
 con su peso, se mitigan

contándolos!... Ya es hora  
de que digais lo que os causa  
tanto afan, á vuestra esposa.  
Hablad pues.

GONZALO.

¡Ah!... sí, mis penas  
voy á revelarte, Aurora.—(*Pausa.*)  
Hace veinte años... (ya ardía  
la tea de la discordia  
en la Alpujarra), que yo  
mandaba una escasa tropa  
de cristianos... y allí un día  
ví una jóven... tan hermosa...  
que absorto al verla...

AURORA.

¿Una jóven...?

GONZALO.

Sí, morisca!...—Abrasadora  
pasion al instante...

AURORA.

(*Con interés.*) ¿Y ella?...

GONZALO.

(*Con amargura.*) Ella... creyó ser mi esposa,  
é hizo por mí sacrificios...

AURORA.

¡Ah!...

GONZALO.

Una noche... ¡cruel memoria!  
su hermano nos sorprendió;  
y en tanto que allá en las sombras  
á morir me conducian,  
asaltó bizarra tropa  
su cabaña, la quemaron,  
y, hechos dueños de la mora,  
(que en una galera al punto  
pisó la africana costa)  
á mí libertad me dieron!...  
¡Cuánto sufrí!...—Mas la gloria,  
el ardor de los combates,  
la ausencia... que siempre borra  
el mas firme amor, del alma  
sacaron su imágen; y hora  
siempre tengo al hijo mio  
tan presente en la memoria,  
que por él mis tristes ojos  
lágrimas de sangre brotan!

AURORA.

¡Ah!

GONZALO.

Sí; esta horrible vision  
es la que amarga mis horas

mas felices: por do quiera  
 mis ojos ven una sombra,  
 y esa sombra es de Zafira  
 que implacable me denosta  
 con gritos!... — Mas perdonad;  
 mis pesares os agobian;  
 vivís fragante y lozana  
 de un árbol seco á la sombra,  
 y yo temo... sí, yo tiemblo  
 ser vuestro tirano, Aurora!

AURORA. ¿Mi tirano?... ¡Ah! no, jamás,  
 mi dulce esposo!

GONZALO. *(Tomando una mano de Aurora y estrechándola tiernamente contra su pecho.)*

Esa sola  
 palabra mi mal mitiga!—  
 Adios, pues, ángel que ahoga  
 la voz de mis padeceres;  
 Adios, mi dicha, mi gloria...  
 no maldigas... ¡te lo ruego!...  
 á este anciano que te adora.

*(Le besa la mano y vase.)*

### ESCENA III.

DOÑA AURORA.

¿Maldecir?... ¡ay! no; mi pecho  
 no puede ser tan villano,  
 ni es bien que á tanto cariño  
 se dé tan infame pago!...  
 Pero tú á saber no alcanzas  
 cuanto sufro, cuanto paso  
 en no poder tu ternura  
 premiar con amante halago!...—  
 Fiel seré, pues noble soy;  
 mas ¡ay! al darte mi mano,  
 cumpliendo dócil de un padre  
 inflexible los mandatos,  
 presa ya el alma tenia  
 entre los suaves lazos  
 de un amor sencillo y puro,

y aun leves chispas quedaron  
 del fuego que abrigó el alma  
 por aquel nuevo cristiano!...  
 ¡Pobre corazon, padece!  
 calla y sufre; no agitando  
 cenizas, halles la hoguera  
 de un amor tan desgraciado...  
 que es mi suerte, en la clausura  
 de este tétrico palacio,  
 devorar tristes memorias...  
 ¡y ahogarme en mi propio llanto!  
 (*Se dirige al balcon que estará abierto.*)  
 ¡Cuán serena está la noche!  
 ¡Así los años pasaron  
 de mi infancia!... hoy, pobre sierva,  
 grillos de oro me han labrado,  
 y en tal cárcel... mas, ¿qué veo?  
 ¡un hombre!...—¡Ginés!... ¡Gonzalo!...

#### ESCENA IV.

DICHA. D. JUAN, *que entra por el balcon ayudado de una  
 escala.*

JUAN.            ¡Silencio, Aurora!  
 AURORA.        (*Dando un grito de sorpresa.*) ¡D. Juan!...  
                   (*Procurando sobreponerse á sí misma.*)  
                   ¿qué venís á hacer aqui?...  
                   ¿quién dió causa á tal desman?...  
 JUAN.            ¡Mis muchas penas que van  
                   buscando su alivio en ti!  
 AURORA.        ¡Salid, Muley! yo no puedo  
                   tolerar vuestra presencia...  
                   (¡De mí misma tengo miedo!)  
                   ¡y es, por Dios, harta insolencia!...  
                   ¡Salid al instante!  
 JUAN.            (*Con amargura.*) ¡Cedo  
                   y me marchó: mas creia  
                   que al romper el valladar  
                   que hasta aquí nos dividia,  
                   en vez de amor no vendria  
                   desengaños á encontrar!

AURORA. (*Con dignidad y queriendo aparecer tranquila.*)  
 ¡Salid, que ya no me es dado  
 escuchar vuestras palabras!  
 Soy esposa... ¡me han casado!  
 y...

JUAN. ¡Ah, tú mi desdicha labras!

AURORA. ¡No sois el mas desdichado!

(*Con profundo sentimiento.*)

JUAN. (*Con alegría.*) ¿Qué escucho? ¡Aurora!...

AURORA. (*Dominándose.*) Mintió, Mintió,

¡mintió mi labio imprudente!

no puedo quererlos yo;

que á vos el alma se abrió...

¡ciega un tiempo!... incautamente.

Hoy sobre el fuego que ardia

nieve eché, noble y honrada;

y la paz y la alegría

que á lo lejos entrevía

ya contemplo que es llegada.

¡Partid, don Juan; si me amais

partid al punto por Dios!

que esta casa profanais,

y tal vez, ¡cielos! labrais

la desgracia de los dos!

¡Partid! Si os quise, ya esposa

tengo un deber que cumplir...

(*Con nobleza, ocultando su emocion.*)

Gonzalo me hace dichosa,

y aquella locura odiosa

no puede ya subsistir!

JUAN. ¡Ah, bien, por Dios, se me alcanza

que eres cobarde muger!

¿Así rompes la esperanza

de otras horas de bouanza,

de mil siglos de placer?

¿Así un corazon amante

con tal furia se destroza?

¿Así muere en un instante,

al soplo de una inconstante,

la dicha que el alma goza?...

¡Ah, bien mi loca pasion

que hallar firmeza pensaba

merece tal galardón;  
que no hay para un alma esclava  
ventura ni compasión!

AURORA.

¡Don Juan! ¡Don Juan!

JUAN.

Loco he sido,

teneis razón; loco soy,  
pues fiel un norte he seguido  
que me deja confundido  
en el piélago en que estoy!  
Mas pensad que para un alma  
que amar sabe, todo es poco;  
y que pues ya vuestra calma  
troncha de mi amor la palma...  
yo haré ver lo que es un loco!

AURORA.

¡Don Juan, don Juan, compasión!

JUAN.

¿Te la debo por ventura  
cuando alve y sin razón  
destrozas mi corazón,  
mudable y falsa hermosura?

AURORA.

¿Qué quereis?... ante el deber  
todo calla. ¡Soy esposa!...

y... ¿pensais que es un placer  
mirar las horas correr  
en soledad espantosa?

¿Que junto á un mísero anciano,  
siempre celoso y sombrío,  
con gratas dichas me ufano?...

¡No; que un tormento tirano  
despedaza el pecho mio!

Así los instantes vuelan  
de la hermosa juventud  
sin las dichas que consuelan;  
¡así mis dolores velan  
la fuente de la salud!

Así mi penar devoro  
sin faltar nunca al deber,  
como cumple á mi decoro...

¡que solo en su afán el lloro  
le fue dado á la muger!

JUAN.

¡Ah, tus palabras, Aurora,  
traición hacen á tu pecho;  
pues ellas revelan hora

que aun del triste que te adora  
 pena te causa el despecho!  
 Mas si el fuego del amor,  
 mal oculto entre ceniza,  
 nos abrasa con su ardor,  
 y es tan puro su fulgor  
 que las almas diviniza,  
 ¿por qué la torpe barrera  
 respetar que nos separa?...  
 ¡Luchemos! ¡la audacia fiera  
 abraza el muro de cera  
 que el orgullo levantara!  
 Cuando amamos, el deber  
 no existe do no hay amor;  
 y vale mas el placer  
 que no del alma torcer  
 el impulso abrasador.  
 Yo te adoro, bella Aurora;  
 tú has nacido para mí,  
 y el deber nos manda ahora  
 amarnos... dulce señora,  
 ¡amarnos, cándida huri!  
 ¡Ay, que tus voces derraman  
 en el alma su veneno!...  
 ¡ay, que mis venas inflaman!...  
 ¡ay, que pérfidas me infaman  
 al herir mi amante seno!  
 ¡Huye, pues, huye! No intente  
 tu furor mi fé quebrar;  
 que es dulce el placer presente,  
 pero luego eternamente  
 nos condena á suspirar!  
 ¡Yo te adoro; sí, mi vida  
 por tí diera!... pero no  
 pretendas que envilecida  
 por el gusto el deber mida,  
 ¡que aun, don Juan, soy noble yo!  
 Adios, pues, y ruega al cielo  
 que se acorte mi existir;  
 que, en tamaño desconsuelo,  
 otra dicha mas no anhele...  
 ¡que la dicha de morir!

AURORA.

(*Sobresaltada y como escuchando algun ruido.*)

Mas... ¿no oiste?

JUAN. ¡Qué rumor!...

AURORA. Pasos siento.

JUAN. ¡Por quien soy

que esto ansiaba mi furor:

y si es tu esposo traidor,

Aurora, ya no me voy!

AURORA. (*En extremo sobresaltada.*)

¿Qué escucho? ¿quereis, villano,

mi deshonra? ¿Esto es amar?

JUAN. Sí, yo de ese torpe anciano

la cabeza por mi mano

haré en el suelo rodar!

AURORA. (*En tono de súplica, y con la fuerza de la desesperacion.*)

¡No por Dios! El infelice

no es la causa de mi mal.

Él es noble y es leal...

¡ay, cielos! ¿qué me predice

esa mirada fatal?

Huye; postrada te imploro:

(*Arrojándose á sus pies.*)

¡huye al instante, huye!... ¡Oh!

¡muévate á piedad mi lloro,

y sabe que aunque te adoro...

si él muere, moriré yo!

JUAN. ¡No! (*Dirigiéndose al balcon por donde entró.*)

AURORA. ¡Mal haya el desvarió!...

JUAN. (*Volviendo.*) ¡Cortada la escala está!

AURORA. ¡Cortada!... ¡Destino impío!

Pronto, salva el honor mio;

entra que se acercan...

(*Le hace entrar en el cuarto de la izquierda, el cual cierra con llave; y cuando va á sacarla de la cerradura aparece Gonzalo en la puerta del foro: Aurora se separa de la de la izquierda, y trata de fingir serenidad.*)

¡Ah!...



## ESCENA V.

DOÑA AURORA. DON GONZALO.

GONZALO. (*Se detiene un momento en el foro: despues de haber echado una mirada recelosa á la escena, baja pausadamente y dice con severidad á Aurora.*)

¿Aun velais?

AURORA. (*En estremo turbada y dirigiendo miradas continuas á la puerta del cuarto en que encerró á don Juan, sin poder disimular su agitacion.*)

Yo...

GONZALO. Tarde á fé  
os dais al descanso.

AURORA. No...

GONZALO. ¿Cómo no, cuando aquí os hallo?  
(*Con fingida estrañeza.*)

Y esa estraña turbacion...

¿de qué proviene?

AURORA. (*Vacilando.*) No es... nada...

¿por qué he de turbarme yo?

(¡Dios justo!) La noche... brinda

con su calma... y el temor...

estoy... tranquila... (¡Yo muero:

cielo santo, compasion!)

GONZALO. (*Pudiendo apenas contener su ira.*)

¡Tranquila!... y esas miradas...

esa zozobra...

AURORA. (*Cada vez mas turbada.*) Señor...

GONZALO. (*Fendo al balcon y arrancando el pedazo de  
escala que hay en él.*)

¡Y esta escala!...

AURORA. ¡Ah!

GONZALO. (*Con risa sardónica.*) ¿No es verdad  
que pecais de imprevision?

¡Torpe anduvisteis, señora!

y el vil cobarde que entró

á manchar mi honra, mas pura

que la clara luz del sol,

no pensó que aun alentaba

mi valiente corazon!—

(*Va á la puerta que cerró Aurora, la abre, y dice con tono imperioso.*)

¡Salid!

## ESCENA VI.

DICHOS.—DON JUAN.

AURORA. (*Al ver aparecer á don Juan.*)

¡Gran Dios!

GONZALO. (*Después de un momento de pausa.*)

¡Con que es cierta

mi deshonra!... ¿y aun respira

esa muger?... ¡Ah! no; en ira

el cariño se convierte!

¡En ira, en venganza!... y vos,

(*A don Juan que se adelanta un paso para oponérsele.*)

¿qué haceis aquí, caballero?

habeis pisado un sendero

do no cabemos los dos.

Habeis osado manchar

un nombre que al sol ofende,

porque en su alto vuelo asciende

á mas brillante lugar:

y sabed que aunque la injuria

del tiempo mi rostro ajó,

aun mi sangre no secó,

aun puede ahogaros mi furia!

AURORA. (*A don Juan que hace un gesto amenazador.*)

¡Ah! teneos!...—La razon (*A don Gonzalo.*)

lugar cobre en vuestra mente.

GONZALO. ¡La razon!...

AURORA.

Sí, no imprudente

obreis en esta ocasion.

Don Juan manchar no ha intentado

vuestros timbres, ni pudiera,

porque indigno entonces fuera

de ser noble, y es honrado.

Si aquí al respeto faltó

que á mi sangre le es debido;

si, pecando de atrevido,

ciego á todo se arrojó;

fué tan solo una locura,  
fué un delirio ; y vos debeis,  
pues honrado siempre os veis,  
respetar su desventura.

Él me quisò, y en la ausencia  
creció el fuego de su amor...

Disculpadle, pues, señor,  
en gracia de su inocencia.

Dejadle partir.

GONZALO.

¡Partir!...

¿me juzgais loco?... ¡Apartad,  
y á Dios humilde rogad,  
pues hora vais á morir!

JUAN.

¿Qué habeis dicho, desgraciado?...

¿Ella morir?... Por mi vida  
que ya mi razon se olvida-

de todo. ¡Yo lo he escuchado!

¡yo mismo!... ¿qué, por ventura,  
tan cobarde me juzgais?

No; ya no sufro que oigais  
el ruego de la hermosa.

Ya es tiempo de derramar  
sangre de uno de los dos:

¡ella es pura como Dios!..

¡Mas yo aqui con penetrar  
una falta he cometido

que en sangre tan solamente  
puede lavarse!

GONZALO.

(*Desnudando la espada.*) Impaciente  
de ver mi acero teñido

en la vuestra, estoy: reñid!

AURORA.

(*Arrojándose entre ambos con energia.*)

No será; que las espadas

sin justa razon cruzadas

solo dan afrenta. Oid, (*A don Gonzalo.*)

oid mi acento, y pensad

que cada golpe, señor,

abre una herida en mi honor...

¡en mas el vuestro estimad!

Básteos saber que soy noble,

que nunca mintió mi labio,

que ni una sombra de agravio...

GONZALO.     ;Callad! con afrenta doble  
me injuriais, alarde haciendo  
de honradez acrisolada! (*Con risa sardónica.*)  
;Quién! vos noble, vos honrada,  
¿y en vuestra cámara viendo  
estoy á un moro traidor?

JUAN.             ;Infame!...

AURORA.        (*Con imperio.*) ;Don Juan!...—¿Y así  
                    (*A don Gonzalo.*)

piensa un caballero? ;En tí  
se profanara mi amor!

JUAN.            Sí, se profanara; que él,  
fiero azote de mi raza,  
hora á sus timbres enlaza  
nuevo timbre de cruel!  
Pues en tanto que devora  
su tremenda desventura,  
y come el pan de amargura  
la infelice gente mora,  
él goza en atormentar  
á los que grandes nacieron  
porque sangre ilustre hubieron  
de los hijos de Alhamar!

GONZALO.        ;Infiel, villano, traidor!

JUAN.            ;Muerte pide ultrage tanto!  
                    (*Cruzan las espadas.*)

AURORA.        (*Arrojándose entre los dos para impedirles ba-*  
tirse.)

;Gonzalo!... ;Don Juan!...

GONZALO.        (*Ciego de ira.*)                     Su llanto  
mas escita mi furor!

(*Vá á arrojarse frenético sobre don Juan.*)

## ESCENA VII.

DICHOS. ZAFIRA, que entra por una puerta secreta, y se interpone entre don Juan y don Gonzalo. Este al verla queda como herido de un rayo, sin atreverse á creer lo que mira.

ZAFIRA.         ;Detente! (*A don Gonzalo.*)

AURORA.         ;Cielos!

JUAN.             ¿Qué miro?...



---

# Acto segundo.

---

Patio de una casa morisca en el Albaicin, con los arcos de una galería ú azotea al fondo, que se supone dá á una plaza. En último término se divisa la luna en mitad del cielo, y confundidos entre otras casas del mismo Albaicin, varios minaretes. Es de noche. A la derecha del actor la puerta que conduce al exterior del edificio: á la izquierda la que dá paso á las habitaciones interiores.

## ESCENA PRIMERA.

ZAFIRA. DON JUAN.

ZAFIRA.

(*Con la mayor ternura.*)

Hijo mio, escúchame :  
no así desoigas mi voz,  
¿es posible que una madre  
no te mueva á compasion?—  
Dime, ¿por qué te abandonas  
sin piedad á ese dolor?...  
¡Ay! tu silencio, hijo mio,  
me desgarra el corazon!  
¡Madre!...

JUAN.

ZAFIRA.

Llora, sí, que el llanto  
es quizás el bien mayor  
que Dios en su omnipotencia  
propicio nos concedió.—  
Vamos, esfuerzo! domina  
esa estraña postracion!...

hombre sé, Juan, que es preciso  
dar al olvido ese amor!

JUAN. ¡Ah! vuestra mano, ¿por qué,  
por qué de allí me arrancó?  
Muerto hubiera en tal demanda,  
ó á ese anciano mi furor  
rasgara el pecho, y entonces...

ZAFIRA. (*En tono de reconvencion.*)  
¿Qué oigo? ¡Juan!...

JUAN. Entonces... ¡oh!

roto al fin el férreo lazo  
que á mi bien aprisionó,  
sin cadenas su albedrío,  
volára el alma veloz  
á unirse por siempre á ella  
que así mi pecho inflamó.

ZAFIRA. ¡Ah! ¡calla!... ¡tus pensamientos  
solo me inspiran horror!...  
¿Eso dice un hijo mio?...  
¡Bien castigas, justo Dios,  
mis faltas!... ¡oh!.. ¡bien destrozas  
mi pecho sin compasion!...—  
¿Y eres tú, Juan, tú que abrigas  
sangre de reyes?... ¡Ah! no;  
¡sentimientos tan bastardos  
no engendra tu corazon!—  
Miente la boca; que nunca,  
nunca tu pecho albergó  
tal infamia, ¿no es verdad?  
díme que es cierto; dí...

JUAN. Dios

que el destino, madre mia,  
con-su dedo nos trazó,  
sabe bien que si tal digo  
solo es... ¡porque loco estoy!

ZAFIRA. Sí, es verdad; una locura  
tus sentidos fascinó!...  
A mí tambien tantos golpes  
me trastornan la razon!...—  
¡Aciaga estrella, hijo mio,  
al nacer nos alumbró!...

JUAN. ¡Aun me parece que sueño!...





Sí, es un crimen, porque... (¡Ah! no;  
¡quédate oculto en mi pecho  
secreto desgarrador!)

JUAN. ¿Qué os suspende, madre mia?

ZAFIRA. ¿Qué?... tu flaqueza... tu...

JUAN. Yo,  
¡yo flaqueza!

ZAFIRA. Sí; y tú debes

ejemplo ser de valor  
pues la sangre del profeta  
abona tu condicion.—  
¿Por ventura hemos dejado,  
no bien tu padre murió,  
el Africa, donde libre  
respiraba el corazon,  
para vivir como siervos  
en este eden seductor?  
¿No sufrimos harto ya?  
Qué, cuando todo el favor  
tú del Ochalí nos traes,  
cumplida ya tu mision,  
¿no alientas sed de venganza  
contra el vil que nos lanzó  
de este vergel, do buscamos  
solo un oculto rincon  
para abrir nuestro sepulcro,  
porque en él vimos del sol  
la lumbré radiante y pura  
y el alma en él alentó?...  
¿olvidas ya que Muley...  
que tu padre siempre vió  
en tí de la gente mora  
el mas firme defensor?...  
Mas ¿quién entra?

## ESCENA II.

DICHOS.—GARCIA.

GARCIA.

¡Dios os guarde!  
Gracias le doy porque al fin  
en medio de las tinieblas

- llegar he podido aqui.  
 ZAFIRA. ¡Un castellano! (*Sobresaltada.*)  
 JUAN. ¿Quién sois?  
 decidnos á qué venis,  
 ó...
- GARCIA. Dejadme que respire  
 y sabréis quien soy, y el fin  
 con que vengo, aunque estas letras  
 (*Presentándoles una carta.*)  
 mejor lo podrán decir  
 que mis voces.
- ZAFIRA. ¿Una carta?  
 JUAN. ¿Para quién?  
 ZAFIRA. (*Tomándola de manos de Garcia, y leyendo el  
 sobrescrito.*) Es para tí:  
 toma; léela. (*Se la dá á D. Juan.*)
- JUAN. ¡De Aurora!  
 ¡Ah! ¡tú me tornas feliz,  
 cristiano; Dios te bendiga!!  
 Leamos al punto.
- ZAFIRA. Sí;  
 que ya en su impaciencia el alma  
 no acierta qué discurrir.
- JUAN. (*Leyendo.*) «Los sucesos de que habeis sido testigo,  
 »conjurados contra mi frágil suerte, pudieran reducirla á  
 »muy estrecho punto, si la consideracion de mayores ma-  
 »les y lo preciosa que me es vuestra vida no me infundiesen  
 »ánimos y extraordinarios alientos para arrostrarlo todo. Pre-  
 »cisa obligacion corre á vuestra nobleza de cumplir la volun-  
 »tad de quien envia por vos y os está aguardando: Aurora.»  
 (*A Garcia preguntándole con avidéz.*)  
 ¡Ah! respóndeme, mancebo,  
 por tu vida; dime al punto  
 qué peligros amenazan  
 á mi Aurora; dime...
- GARCIA. Juzgo  
 que de la horrible tormenta  
 ya está su cuello seguro.
- JUAN. ¿Pues qué denota esta carta?...  
 (*Como herido de una idea repentina.*)  
 ¿quizás, cediendo al impulso  
 del amor, quiere que huyamos

y el placer busquemos juntos?  
 ¡Oh felicidad!... responde:  
 quiere...

GARCIA.

¡Salvaros!

JUAN.

(*Desconcertado.*) ¿Qué escucho!..

GARCIA.

Salvaros solo: pues ahora  
 columbra mil infortunios...

JUAN.

¡Infortunios!... ¡ah! ¡mal haya  
 mi ciego error!... mas confuso  
 no me tengas: ¿qué ha pasado?  
 habla por piedad, pues lucho  
 conmigo en fiera batalla  
 y entre mil dudas fluctúo.

ZAFIRA.

Sí, habla por Dios! ¿Qué peligros  
 temer debemos?

GARCIA.

Ocultos

tal vez fermentan; mas háilos,  
 y no lejos los vislumbro.

JUAN.

¿Cómo?

ZAFIRA.

¡Dí!

GARCIA.

Luego que vos (*A D. Juan.*)

por un tan estraño rumbo  
 de allí salísteis, cual preso  
 en las redes de un conjuro  
 largo trecho D. Gonzalo  
 sin voz y sin vida estuvo.

JUAN.

Pero acaba: Aurora...

GARCIA.

El cielo,

se dolió de su infortunio;  
 pues cuando en su acuerdo vino  
 mi señor, y furibundo  
 iba á saciar su venganza,  
 recibió un pliego; y al punto,  
 acallando sus dolores,  
 poniendo diques al curso  
 de su afan, partió gozoso  
 á la real Audiencia: dudo  
 cual la causa ser podria  
 de un tal cambio; pero juzgo,  
 segun las sueltas palabras  
 que vertió, que algun oculto  
 plan el mensaje le ha hecho

concebir; y será mucho  
que vos en él...

JUAN. ¿Qué me importa?  
hiérame el bárbaro impulso  
de un rayo si ella está libre!—  
Pero Aurora ¿cómo supo  
obligarte á que...

GARCIA. Su llanto  
echó á mi garganta un nudo;  
pues de sus lágrimas bellas  
es tan mágico el influjo  
que una sola tornaría  
blanda cera el mármol duro...  
Vamos; seguidme, y no demos  
tormento mas al discurso,  
que apremia el peligro, y...

JUAN. Vamos

ZAFIRA. ¡Detente, Juan!—Si un escudo  
que te salve á buscar corres  
aquí está mi pecho! él muro  
será para los villanos  
que te vendan, y ninguno  
podrá jamás traspasarlo,  
que Dios con su poder sumo  
del león la horrible fuerza  
en las madres siempre puso.  
¡Detente!... yo te lo ruego,  
yo te lo suplico!...

JUAN. (*Desasiéndose de Zafira que procura detenerle.*)

Injusto  
fuera pagar sus cuidados  
con la ausencia, no en confuso  
laberinto el alma mía  
ya vacila: ven! (*A Garcia.*)

GARCIA. Al punto. (*Van á salir.*)

### ESCENA III.

DICHOS. HUSGEN.

HUSGEN. (*Deteniéndolos.*) ¿Dónde corres? ¿Por ventura  
(*A D. Juan.*)

ignoras que aquí vendrán...  
 JUAN. Voy do llamándome estan  
 las voces de una hermosura!  
 HUSCEN. ¿Qué escucho?  
 GARCIA. (*A D. Juan.*) Vamos!  
 HUSCEN. (*Sorprendido de ver allí á Garcia.*)  
 ¡Ah! ¿quién...

Un castellano!...  
 ZAFIRA. (*A D. Juan.*) ¡Detente!  
 JUAN. No hayais temor... (*A Huscen.*)  
 HUSCEN. (*A D. Juan.*) ¡Imprudente!  
 JUAN. El vino aquí por mi bien.  
 HUSCEN. En este instante supremo

en que Dios quiere ayudarnos  
 y del vil lodo sacarnos,  
 nada dudo, nada temo!  
 Mas ¿por qué cuando el deber  
 te impone quedarte aquí,  
 le olvida tu frenesí  
 por una débil muger?

JUAN. Tambien, señor, á su lado  
 me lleva la obligacion,  
 que yo con mi obstinacion,  
 yo su desgracia he labrado!  
 Dejadme, pues, que un instante  
 corra su angustia á calmar,  
 que pueda el llanto enjugar  
 que brota su pecho amante,  
 ya que el destino cruel  
 intenta por varios modos  
 que apure sin tregua todos  
 sus deijos de amarga biel. —

(*Huscen se lleva á D. Juan á un extremo del teatro. — Zafira habla aparte á Garcia procurando impedirle que se aperciba de lo que pasa entre D. Juan y Huscen.*)

HUSCEN. No, Juan; el deber te ordena  
 no partir.

JUAN. ¡Ah! ¿ni un instante?

HUSCEN. No; tú eres antes que amante  
 caballero, y la cadena  
 que aqui te detiene, ya  
 no es tan fácil de romper.

¿Por ventura quieres ver,  
cuando tan próxima está  
de la venganza la hora,  
que, en vez de romper su yugo  
da tu imprudencia un verdugo  
por premio á la gente mora?

¿Esto debiera esperar  
de tí, quien hora en tu pró  
desnuda el acero?... ¡No!  
Tú eres nieto de Nazar  
y esta sangre siempre fué  
azote de los cristianos...  
Paga pues á tus hermanos  
con alma y vida su fé!  
No cuando el riesgo es mayor  
los quieras abandonar  
que eso fuera desgarrar  
tu nunca manchado honor!  
No, no entibien tu ardimiento  
esos cobardes amores,  
mira, Juan, que tal vez llores  
no echarlos del pensamiento!  
Dudar ya mas fuera mengua;  
discurre el tiempo veloz,  
y solamente una voz  
quemarnos puede la lengua!

JUAN.

¡Ah! ¿qué hacer?

HUSCEN.

Nuestros hermanos

deben al punto venir.—

¿Quieres verlos sucumbir  
y que triunfen los cristianos?...

¿Qué decides?

JUAN.

*(Despues de un momento de duda, y haciendo  
un grande esfuerzo sobre sí mismo.)*

Un puñal

me clavo en el corazon...

Pero calle la pasion  
si ser os puede fatal!

HUSCEN.

¡Ah! ¡bien, hijo mio!

JUAN.

*(Con dolor.)* Huscen...

HUSCEN.

Sí; ¡bien tu sangre se muestra!

¡Tú de Alá serás la diestra!

¡tú nuestro firme sosten! — (*A Garcia.*)

Corre ya, mancebo; di  
á la que aquí te envió...

JUAN.

(*Interrumpiéndole y con mucha espresion.*)

Dile tan solo... que yo  
sin alma me quedo aquí!

GARCIA.

¡Adios! (*Vase.*)

HUSCEN.

¡Adios!

#### ESCENA IV.

DICHOS, *menos* GARCIA.

ZAFIRA.

¡Bendito es el profeta!

HUSCEN

Sí, bendito, Zafira; la fortuna  
comienza á sonreir al mahometano,  
y el noble corazon cerca vislumbra  
la ansiada libertad!

ZAFIRA.

(*Con entusiasmo.*) ¡Dios solo es grande!

HUSCEN

¡Oh! sí; ¡de Dios la omnipotencia es suma!—  
Mas... ¿qué miro? ¿es posible que el esfuerzo  
á impulsos, Juan, de tu dolor sucumba?...  
No es tiempo ya de abandonarse al llanto;  
Dios y el profeta con su amor alumbran  
á los fieles creyentes; en el cielo  
la dulce aurora del placer despunta,  
y el noble mulsuman, antes que todo,  
debe romper su bárbara coyunda!

ZAFIRA.

Dinos, hermano, las gozosas nuevas  
que tu alegre semblante nos augura;  
dilas, que Juan acallará sus males  
al escuchar tu voz.

JUAN.

Sí, ¿qué me anuncia  
vuestra dulce alegría? ¿de vengarnos  
tenemos esperanzas por ventura?

HUSCEN

Sí, las tenemos; numerosa hueste  
que acaudilla Farax, la vega cruza;  
y tal vez esta noche en nuestros muros  
tenga principio la tremenda lucha!

ZAFIRA.

¿Cómo?

JUAN.

¡Es cierto?

HUSCEN

Sí, Juan: nuestros hermanos

hartos ya de sufrir la horrenda furia  
 del cristiano cruel, que aun nuestra sangre  
 ofrenda poca á su venganza juzga,  
 se aprestan á morir si en la demanda  
 no consiguen triunfar; mas no la duda  
 de perder en la lid el alma abriga,  
 que Dios con su clemencia nos escuda,  
 y los que siervos degradados fueron  
 viles esclavos en sus dueños buscan!

ZAFIRA. ¡Oh! demos gracias al señor que engendra  
 la refulgente luz que nos alumbra;  
 al santo de los santos, al que habita  
 valles cubiertos de eternal verdura!

JUAN. ¡Gracias, potente Alá! Tú que los orbes  
 tornar puedes ceniza, tú que nunca  
 dejarás de pisar campos de aljófar,  
 haz que tu fuego ardiente nos infunda  
 sobrehumano valor; haz que la hormiga  
 del vil coloso los palacios hunda!!—(*A Huscen.*)  
 Decidnos pues, señor, ¿quién mas sediento  
 de sacudir el yugo nos ayuda?

HUSCEN Tantos son, que no basta la memoria  
 sus nombres á guardar!—Mas tuya, tuya  
 será la prez; que aqui por mensajeros  
 del Adelet, en cuya casa oculta  
 los fieles del profeta con sigilo  
 para tratar del bien hora se adunan,  
 vendrán el Mozagaz, Acis, Nigueli,  
 y tal vez otros con presteza suma.

JUAN. ¡Oh! ¡cuánto el pecho en el placer se baña  
 con nueva tan feliz!

HUSCEN Sí, hora en tí buscan  
 rama de los Nazares quien los guie;  
 en tí que de Muley el nombre ilustras!

JUAN. Pues yo amaestrado con tu ejemplo digno  
 conquistarles sabré gloria y ventura!



## ESCENA V.

DICHOS.—EL MOZAGAZ.—NIGUELI.

MOZ. ¡Guárdeos Alá, valientes caballeros!

HUSCEN ¿Qué noticias traéis?

JUAN. ¿Qué nos anuncia  
vuestro aspecto?

MOZ. ¡Mil nuevas venturosas!

JUAN. Hablad ya, pues.

HUSCEN ¡Hablad!

MOZ. Las medias lunas  
holladas, abatidas, con escárnio  
afrentadas vilmente, sus injurias  
van á vengar, mostrando al castellano  
que aun su esplendor magnífico deslumbra;  
pues ya en silencio los valientes hijos  
del abrasado Yémen se conjuran,  
y el granadino musulman, sediento  
de romper su opresion, el hierro aguza!

JUAN. ¡Dios es de ciencia inagotable pozo!

NIG. ¿Nos quereis ayudar?

JUAN. Esa pregunta  
ociosa juzgo: caballero soy  
que jamás desmintió su ilustre alcúrnia;  
soy creyente tambien, y por mis venas  
la regia sangre de Mahomad circula.MOZ. Obráis como quien sois, y no esperamos  
nunca menos de vos. Aquí la ayuda  
de vuestro regio nombre, del esfuerzo  
de vuestro brazo heróico, que en la lucha  
nunca vencido fué, nuestros hermanos  
á implorar nos mandaron.JUAN. Pues yo nunca  
cejar ante el infiel hora os prometo;  
y lo sabré cumplir.

NIG. ¡Ah! ¡bien!

MOZ. Escucha,  
escúchame, señor; que es justo sepas  
en cuáles bases nuestro plan se funda.

ZAFIRA. Decidlas, pues.

HUSCEN

Hablad.

MOZ.

En la Alpujarra

no hay un solo creyente que no acuda  
á la lid; y animosos por do quiera,  
no bien la voz de libertad se escucha,  
pueblos y pueblos con fragor terrible  
se alzan y rompen la feroz coyunda!

NIG.

Y si adverso el destino se mostrára,  
asilo aun fuera su aspereza inculta!

JUAN.

(*Con energia.*) No se trata de huir, ni oculto asilo  
nuestro valor afeminado busca;  
que una vez rota la fatal barrera,  
solo asilo ha de ser la sepultura!

Qué, ¿podrémos sufrir que mentirosos,  
pactos rompiendo que selló la pluma  
de sus propios monarcas, y en los cuales  
la tinta aun fresca su deshonra anuncia,  
nos priven de llevar los altos nombres  
con que quisiera honrarnos la fortuna?

¿Sufrirémos tambien cobardemente  
que borren nuestra lengua, y á la impura  
religion que proclaman, como á esclavos,  
como á brutos feroces nos conduzcan,  
no persuadiendo con razones claras,  
sino, en negras y en hórridas torturas,  
con fuego, con puñales, con tormentos  
que el alma hielan si soñarlos juzga?...

¡No, vive Dios!—Cuando romper se anhela  
opresion tan infame, cuando injustas  
persecuciones mil en nuestras manos  
el hierro ponen; con tremenda furia  
ó debemos triunfar de los infieles  
ó abrirnos libres inmortales tumbas!

HUSCEN

¡Oh, bendígate Alá, vástago ilustre!  
Bien tu noble ardimiento nos anuncia  
tu espíritu sublime: bien mis voces  
virtud labraron en el alma tuya,  
y en la escuela cruel del infortunio  
se acrisoló tu fé! (*Lo abraza.*)

JUAN.

¡Ah, Huscen!...

MOZ.

(*A don Juan.*)

Escucha:

en armas puesto el Albaicin, no espera

mas que una voz...

JUAN. (*Con avidéz.*) Y se dará?...

MOZ.

Siu duda:

pues ya en estos instantes con arrojo,  
gracias al velo de la noche oscura,  
rompe Farax el muro, y con su gente  
en nuestra santa empresa nos ayuda!

JUAN. ¡Cómo! ¿Zaide y Farax los viejos muros  
del Albaiciu han roto?

MOZ. (*Con alegría.*) Sí; á la lucha

todos los caballeros se aperciben:  
Acis levantará las medias lunas  
con sus fuertes soldados en la puerta  
de Frex el Leux; y con prudencia suma  
por otros puntos mil todos caerémos  
sobre los viles, cual horrenda lluvia  
de destructoras piedras. Entre tanto (*A don Juan.*)  
de vuestras tropas la tremenda furia  
debe cortar del presidente infame  
con noble fuego la cabeza impura!

ZAFIRA. (*En extremo consternada.*)

¡Qué escucho, santo Dios!

JUAN. (*Con feroz alegría.*) Sí, del tirano  
yo abatiré el orgullo! ¡Ah! ¡qué ventura  
tan no esperada!... ¡libertad y Aurora!...  
tanto placer mi corazon abruma!

HUSCEN Marchemos.

MOZ. y NIG. Si, marchemos.

(*Óyese un rumor lejano y que va gradualmente acercándose hasta percibirse distintamente la algazara de una muchedumbre desordenada. Distinguese tambien el ruido sordo de los atabalillos y dulzainas, y vese el brillo de varias teas, que figuran alumbrar á los que causan la grita, en una plaza á la cual se supone que cae la galeria abierta en el fondo.*)

ZAFIRA.

¡Ah! ¿no oisteis?

¿Qué lejano rumor el aire cruza,  
y de la noche el sepulcral silencio,  
rápido hendiendo los espacios, turba?

JUAN. (*Señalando á la azotea ó mirador del foro.*)

¿No veis el brillo de inflamadas teas?

HUSCEN ¡Ellos son!

- MOZ. y NIG.                    ;Ellos son!
- HUSCEN                            ;Gracias, fortuna!
- Llegó por fin el suspirado instante!
- JUAN.                            ;Dios solo es vencedor!
- ZAFIRA.                           ;Él os alumbra!
- él la victoria con poder sublime  
                                  concederos sabrá!
- HUSCEN (*Oyendo el rumor ya próximo.*)
- ¿No ois la turba  
                                  cual en sus voces su placer publica?...  
                                  (*Vendo á la galeria.*)
- Venid, venid: la libertad augusta  
                                  ya el infamado espíritu enaltece...  
                                  ;gloria sin fin á las soberbias lunas!
- MOZ.                            (*En la galeria y señalando hácia la plaza con la  
                                  mayor efusion.*)
- ;Ah! ya Bib-el-Bonut otra vez pueblan  
                                  los trages moros!... contemplad!
- JUAN.                            (*En medio del escenario.*)                    Si nunca  
                                  hemos hombres de ser, si envilecidos,  
                                  siervos que lloran sin valor su injuria,  
                                  debemos sucumbir; mátame ahora,  
                                  esperanza falaz que me deslumbras!—
- (*Oyese á lo lejos el ruido sordo de campanas que tocan á re-  
bato: al mismo tiempo se percibe una voz que canta la  
cancion siguiente, acompañada solo de una tiorba, con  
una música en extremo sencilla, y figurando salir de una  
azotea muy inmediata.*)
- UNA VOZ QUE CANTA.   El rebato  
                                  ya se oye,  
                                  compañeros de Aben Zayde!
- MOZ.                            (*En extremo sorprendido.*)  
                                  No percibis esa cancion.
- HUSCEN. (*Con estrañeza y recelo.*) Oigamos.
- VOZ QUE CANTA.        El rebato  
                                  ya se oye!  
                                  POCOS SOIS Y VENÍS TARDE!
- ZAFIRA. (*Consternada.*)  
                                  ;Ah! ¡cuál despierta tenebrosas dudas!...  
                                  ¡pocos sois!... ¡venis tarde!... ¿Qué desgracia  
                                  esas voces fatídicas anuncian?
- (*Percibese mas distintamente el sonido de las campanas*

*que tocan á rebato; la de la VELA se oye mas cercana que las demas, y algunos arcabuzazos resuenan á lo lejos. Escúchanse los desahorados gritos de la multitud, y el ruidoso estrépito de los atabaillos y dulzainas.)*

HUSGEN *(Fendo á la galeria.)*

¿Ois? ¿ois? la muchedumbre crece:  
sus gritos nos denostan, nos insultan;  
la confusion aumenta...

*(Escúchase la detonacion de una pieza de artilleria.)*

MOZ.

Y del rebato

el ronco estruendo por el aire cruza!

JUAN.

¡Ah! ¡esto sin duda presajaba Aurora!  
¡cuán imprudente he sido!...—Pero... ayuda  
al Albaicin pidamos, y al instante  
enciéndase do quier la horrenda lucha!

HUSGEN

¡Sí, salgamos al punto! y si en tal riesgo  
esos pocos valientes, que hora insultan  
con sobrada razon la cobardia  
de los torpes moriscos, se atribulan,  
prestémosles arrojó, y á su lado  
gloria tendrémos ó hallarémos tumba!  
¡Venid!

*(Vase con el Mozagaz y Nigueli.—El ruido y la algazara de la multitud se va desvaneciendo gradualmente hasta perderse del todo: solo se deja oír el sonido de la campana de la VELA tocando á rebato.)*

## ESCENA VI.

ZAFIRA. DON JUAN.

ZAFIRA.

*(A don Juan, impidiéndole salir.)*

¡Detente!

JUAN.

El honor

me ordena, madre, partir.  
Dejad que vuele á cumplir  
con mi patria y con mi amor.

ZAFIRA.

Escucha mi voz, escucha,  
y mas no aumentes mi afan!...—  
Respetá una vida, Juan,  
en esa tremenda lucha!

JUAN.

*(Sorprendido.)* ¿Una vida?... ¿la de quién?

- ZAFIRA. La del que llamas tirano:  
no de bárbaro inhumano  
hagas tú alarde tambien!
- JUAN. ¿Yo respetarle, señora?  
¿Yo, al que causa mi dolor,  
y opone un muro á mi amor,  
y me arrebató mi Aurora?  
¡No lo esperéis!
- ZAFIRA. Por lo mismo  
tú le debes respetar;  
no te quieras arrojar  
del crimen al hondo abismo!
- JUAN. ¡No, que pruebe mi furor!...  
¡hollarlo deben mis pies!...  
Mas partir dejadme; que es  
sangre del alma el honor!
- ZAFIRA. ¿Y honor es asesinar?  
¿Con cuáles derechos, dí?  
¿No ves que tu nombre así  
de infamia vas á llenar?  
¿Cuándo digno de un guerrero  
fué ser cobarde asesino?...  
Muera á manos del destino,  
no al impulso de tu acero!—  
Piensa bien que solamente  
de tí agravios recibió,  
y en él tu imprudencia halló  
un enemigo valiente,  
que no armó con el puñal  
su diestra para vengarse,  
sino supo presentarse  
frente á frente á su rival!—  
Escucha pues la razon;  
muéstrate digno de tí,  
libértale, y grande así  
serás en esta ocasion!
- JUAN. Bien; yo te ofrezco olvidar  
que es mi enemigo: mas si hora  
le mata la turba mora,  
no me tienes que culpar.
- ZAFIRA. Si en tu mano está salvarle  
del rigor de su destino,

¿no serás tú su asesino  
dejando al vulgo matarle?...  
Pero no, no: de ese anciano  
tú serás la Providencia!  
Si nó, en tu misma conciencia  
un torcedor inhumano  
tendrás por siempre! Y llegar  
verás un tiempo en que diera  
tu dolor el alma entera  
por su sangre rescatar!—  
Parte pues, parte; y á Huscen  
nada tu labio le diga;  
parte, y Alá te bendiga!...  
pero antes... mis brazos teu!

JUAN. (*Abrazándola.*) ¡Adios, adios, madre mia!

ZAFIRA. Cúmple, Juan, lo que te ordeno:  
¡cúmplelo!...

JUAN. ¡Adios!... Como bueno  
verásme obrar este día!

(*Se desprende de los brazos de Zafira, y va á salir precipitadamente.*)

## ESCENA VII.

DICHOS. UN ESBIRRO y soldados castellanos, parte de los cuales entran en la escena mientras los otros se quedan custodiando la salida.)

ESBIRRO. (*A don Juan.*) ¿Sois don Juan Muley?

JUAN. (*Con arrogancia.*) ¡Sí!

ESBIRRO. Al punto dáos á prision.

JUAN. ¡Ah!

ZAFIRA. ¡Dios santo, compasion!...

JUAN. (*Abrazando á su madre muy conmovido.*)

¡Madre... todo lo perdí!


(*Zafira da un grito ahogado.—Los esbirros se llevan á don Juan.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

---

# Acto tercero.



Cámara de D. Gonzalo en el palacio del mismo.—Puertas al foro y laterales, y un balcon en segundo término (á la derecha del actor) que se supone dá á una plaza.—Muebles lujosos de la época. Unas bujías casi consumidas esparcen por el recinto una luz amortiguada.

## ESCENA PRIMERA.

GARCIA, á poco DON GONZALO.

GARCIA. Al fin no vino; y, en llanto  
sumergida, mi señora  
pasar ha visto la noche  
entre mil negras congojas...  
¡Infelice!.. ¿y aun no vuelve  
don Gonzalo?... ¡Ah! ¡qué zozobras  
turban mi pecho!... ¡Mal haya  
la fortuna veleidosa!  
¡Mal haya, y cuántas desdichas  
en solo un punto amontona  
sobre la frente mas noble  
sin ver ni virtud ni honra!...  
¡Oh, maldiga Dios mil veces  
deidad tan mudable y loca!

GONZALO. (*Entra como preocupado por la puerta del foro; y,*



*al ver á Garcia, dice maquinalmente y sin poder dominar las diversas emociones que le agitan:)*

Hola, estás aqui, Garcia?

GARCIA. Ah, señor...

GONZALO. ¿Dónde mi esposa...

GARCIA. *(Interrumpiéndote y con mucho interés.)*

Llorando en su apartamiento  
y esperando...

GONZALO. Dila importa  
que nos veamos.

GARCIA. Señor...

GONZALO. ¡Oír y callar te toca! *(Con severidad.)*

GARCIA. Cállome pues, y obedezco: *(Resignado.)*  
mas...

GONZALO. *(Con imperio.)* ¡Ni una palabra sola!  
¡marcha al instante!

GARCIA. ¡Infelice,  
infelice doña Aurora! *(Vase.)*

## ESCENA II.

DON GONZALO.

*En extremo agitado se arroja en un sillón, y, despues de un momento de pausa, dice haciendo un esfuerzo sobre si mismo:*

GONZALO. ¡Héme aqui!... ¡Sueño parece  
cuanto acaba de pasar!...  
mas qué terrible es soñar  
si el dolor en sueños crece!  
¡Cuán presto se desvanece.  
al soplo del hado impío  
el puro y blando rocío  
que bañara el corazon!...  
¡Ah, en qué horrible confusion  
se desgarrá el pecho mio! *(Se levanta.)*  
¡Aurora... Aurora!... ¡fatal,  
fatal es, ¡cielos! mi estrella!—  
¿por qué tan cándida y bella  
la ví siempre por mi mal?  
¿por qué, si al fin desleal

mi honor mancillar debía  
 su álito impuro de arpía,  
 quiso el destino cruel  
 darme en cáliz de oro hiel?...  
 ¡mal haya la suerte mia!—

Pero... ¡necio, necio soy!  
 Con tan loco pensamiento  
 por senda oscura, sin tiento,  
 tras negro fantasma voy:  
 pábulo á mis males doy...  
 ¿Mas mudable, por ventura,  
 no fué siempre la hermosura?  
 ¿pues de qué, de qué me quejo  
 si al fin de este tronco viejo  
 soltarse la vid procura?

¿De qué me quejo?... Mas yo  
 ¿no guardé mi honor en ella?  
 Pues ¿por qué así lo atropella?  
 ¿Por qué á su deber faltó?  
 ¿Por qué mi dicha rasgó  
 y en los brazos de un infiel  
 mis timbres manchó cruel?...—  
 ¡Justa ha sido la sentencia  
 que, en castigo á su insolencia,  
 he firmado contra él!

¡Muera el vil!... esa es su suerte;  
 pues su sangre al derramar  
 debo dos manchas lavar  
 que solo borra la muerte.  
 ¡Muera, sí!.. Pero ¿mas fuerte  
 no soy hora?... ¿si le alcanza  
 el rigor de mi venganza,  
 no dirán que es abusar  
 del poder, para inclinar  
 esta insegura balanza?...

¿No dirán que soy cobarde?...  
 ¡Qué hacer en lucha tan fiera?...—  
 Mi honor exige que muera:  
 en su pecho tambien arde  
 sangre mora!... ¡o Dios, qué tarde,  
 qué tarde la muerte fria  
 viene á helar su sangre impía!...

Mas ¿qué digo? ¿dónde estoy?...—  
 ¡Un mónstruo de horrores soy!...  
 ¡Piedad de la suerte mia!

(*Cae abismado en un sillón que habrá junto á una mesa.*  
*Pausa.*)

### ESCENA III.

DICHO. GARCIA, *que se retira al momento.* DOÑA AURORA.

GARCIA. (*Con timidez desde la puerta del fondo.*)  
 Señor...

GONZALO. (*Saliendo de su enagenamiento.*)  
 ¿Quién?... ¡dejadme!

GARCIA. (*Respetuosamente.*) Aquí  
 se dirige mi señora.

GONZALO. (*Procurando dominar su agitacion.*)  
 ¡Ah!... bien... (*Ocultar no puedo  
 la angustia que me sofoca!*)

AURORA. ¡Despejad! (*A Garcia que le obedece.*)  
 (*Apareciendo en la puerta del fondo.*)  
 (¡Gran Dios, proteje  
 mi inocencia!)

GONZALO. (*Aparte al verla.*) (¡Y yo mi gloria  
 en esa muger cifraba!...  
 ¡Cuán necio he sido!)— Señora  
 tal vez os parezca extraño  
 que os llame aquí; mas no es cosa  
 que debe alarmaros:.. Todo  
 que estoy tranquilo denota;  
 y no siendo tiempo ya  
 de, con palabras ociosas,  
 hacer recriminaciones,  
 á escuchar vais de mi boca  
 las medidas que he tomado  
 y que mucho nos importan.

AURORA. Yo las espero tranquila,  
 pues presumo que en las horas  
 que han pasado, desde aquella  
 con que la suerte traidora  
 probar mi paciencia quiso,  
 habrá dejado la cólera

paso libre á la razon  
 en vuestra alma generosa;  
 y que vuestro recto juicio  
 os habrá hecho ver mis obras,  
 no en apariencias fiando  
 sino en la razon.

GONZALO. (*Con aparente serenidad.*) Señora...

escuchad pues las que tengo,  
 y ved lo que hacer os toca.—  
 Cuando un hombre de mi alcúrnia  
 el tesoro de su honra  
 en una muger cual vos  
 por su desgracia coloca...

AURORA. ¡Gonzalo!... (*Ofendida.*)

GONZALO. (*Con severidad.*) Tened en cuenta...

AURORA. Yo debo...

GONZALO. (*Irritado.*) ¡Callar ahora,  
 que os lo mando yo!—¡Qué ¿aun  
 no es bastante á vuestra gloria  
 haber mi nombre manchado?  
 Mas la paciencia se agota...  
 Escuchadme, y apreciad  
 mi templanza, que no es poca.—  
 Yo debiera vuestro crimen  
 con una muerte afrentosa  
 castigar; pero eso fuera  
 dar aliento á la ponzoña  
 de los maldicientes: fuera  
 imitar á los que toman  
 una venganza vulgar;  
 pues la muerte, si algo borra,  
 no castiga á la perjura,  
 y una huella deshonrosa  
 que nunca se estingue deja...  
 No; el desprecio, la congoja  
 de mirar siempre inflexible  
 á su lado, como sombra  
 que su crimen le presenta  
 sin cesar en la memoria,  
 al noble esposo ofendido;  
 armas son mas poderosas  
 que la muerte, que el escándalo

de publicar la deshonra  
 con otro estéril castigo  
 y al mundo servir de mofa!...  
 ¡No, no por Dios!—Para todos  
 seréis siempre *fiel* esposa;  
 para mí el mas despreciable  
 de los seres; si, aun logra  
 un perdon en esto mismo  
 vuestra infamia, pues mi honra  
 queda siempre con el mundo  
 de la vuestra fiadora!

AURORA.

(*Con noble indignacion.*)

Yo desprecio y desafío  
 toda la mortal ponzoña  
 de los maldicientes: limpia  
 mi conciencia está: ¿qué importa  
 que vos mancheis obcecado  
 con torpe lengua mi honra,  
 cuando del fondo del alma  
 puras mis acciones brotan?  
 ¿No es en el fuego do el oro  
 mas por dicha se acrisola?  
 ¿No basta que yo os afirme,  
 yo, que aliento sangre heroica  
 de los Guzmanes, que os turban  
 apariencias engañosas?  
 ¿Qué? ¿Así se envilece, así  
 una dama, guardadora  
 siempre fiel de sus deberes?...  
 ¡Vergüenza decís, deshonra!...  
 ¿Hay vergüenza para el justo?  
 ¡No; mi frente no colora  
 ningun temor, y ante todos  
 puedo elevarla orgullosa!  
 Además, D. Juan es noble,  
 es caballero, y si loca  
 exaltacion arrastrarle  
 pudo á un término que llora,  
 no hubiera nunca olvidado  
 que ya de otro soy esposa!...  
 ¡Guardad, pues, vuestro perdon,  
 guardadle pues en buen hora;

GONZALO.

que á mí, para estar tranquila,  
 con la conciencia me sobra!  
 ¡La conciencia! ¿y creeréis  
 aun en la vuestra, señora?  
 ¿Sereis capaz de engañaros  
 á vos misma? ¿á vos? ¡Me asombra  
 tal audacia! La conciencia  
 muda está, cuando sofoca  
 el descaro en vuestro pecho  
 su voz, siempre aterradora  
 para el crimen; cuando ensalza  
 al villano vuestra boca  
 que una mancha á imprimir vino  
 en mi escudo!... ¿Y aun blasona  
 de pureza? ¿Y aun aleve  
 llama noble al que destroza  
 el alma de un triste anciano;  
 al cobarde que deshoja  
 sus mas bellas ilusiones...  
 Ilusiones ¡ay! que brotan  
 sobre espinas, en los años  
 en que el término se toca  
 de la existencia?... ¡Oh! pensad  
 que cuando penas tan hondas  
 una vez hieren el alma,  
 ni se endulzan ni se borran!—  
 ¿Noble decís al que astuto  
 vierte en mi hogar su ponzoña?...  
 ¿Leal y á traicion me hiere?  
 ¿Honrado, y pérfido inmola  
 cuanto debe á su monarca,  
 cuanto hay de grande, señora?...  
 Sí, sí, es muy digno, pardiez,  
 de una dama virtuosa  
 faltar á sus juramentos!...  
 Y ¿por quién?... por quien arroja  
 en pacíficos vasallos  
 la tea de la discordia;  
 por quien falta á Dios y al rey;  
 por el vil de sangre mora  
 que en el fango se revuelve  
 como sierpe venenosa

para manchar con su aliento  
cuanto es grande!...—Mas su gloria  
veréis muy pronto eclipsada,  
porque una muerte afrentosa  
va á castigar sus delitos  
no bien despunte la aurora!—  
Ya he firmado la sentencia:  
ya los verdugos aprontan...

AURORA.

¡Oh! qué indignidad!...—¡La voz  
en la garganta se ahoga!...—  
¿Y alarde hacéis de tal crimen?  
¿Y ese pecho no devoran  
los remordimientos?... No,  
no es posible... (*Con desesperacion.*)

¡Yo estoy loca!

GONZALO.

¿Y no le amais? (*Con sarcasmo frenético.*)

AURORA.

¡Ah!... ¿qué es esto?

¿Así su venganza logra  
un noble, cuando se juzga  
ofendido?... No, no, ahora  
(*Aparentando serenidad.*)  
solo intentais afligirme;  
que infamia tan espantosa  
ni un instante en vos cupiera...

Vos sois noble; vuestra honra

se conserva siempre pura;

y esa injusticia notoria,

que el mundo de cobardia

tachara, ni una vez sola

cometer habeis pensado:

¿no es verdad? Sí, vuestra esposa

(*Entreviendo un rayo de esperanza.*)

conoce bien la nobleza

de ese corazón!

GONZALO.

(*Desconcertado.*) Señora...

AURORA.

¿Y por cuál crimen la muerte,

la muerte, siempre afrentosa,

vuestro enojo decretara?

¿Por zelos?... No; me sonroja

haberos crédito dado

solo un instante.—¿Qué importan

las apariencias, si al alma

habla la razon? ¿Tan sorda  
 fuera la vuestra, escuchando  
 las mil voces que pregonan  
 mi inocencia? ¿No sois vos  
 quien mas la sabe? ¿No os consta  
 por qué medio hasta mi estancia  
 llegó don Juan en mal hora?  
 ¿No fué el pérfido escudero  
 que le dió ayuda alevosa,  
 quien os lo dijo al instante?  
 ¿Pude yo impedir su loca  
 temeridad? ¿Cual debia  
 no le rechacé?...—Mas si hora,  
 como á mí me condenais  
 á soledad espantosa  
 en el tribunal doméstico,  
 de toda razon en contra,  
 sentenciais á un inocente  
 por zelos de vuestra esposa...  
 que al ser que juzga las almas  
 por su juez único toma;  
 si el ilustre caballero  
 en ser asesino se honra;  
 por vos rogaré, pues Dios  
 aun á verdugos perdona!!

GONZALO. (*Batallando con mil ideas encontradas.*)

¿Haréis que pierda el sentido,  
 cual pierdo el honor, señora?

AURORA.

Os haré que desperteis  
 del letargo que os deshouna,  
 y oigais solo la virtud  
 que vuestro pecho atesora!

GONZALO.

(*Cada vez mas desconcertado.*)

¿Qué he de hacer en tal quebrautó?

¿le debo crédito dar?...

ZAFIRA.

(*Dentro.*) ¡Dejadme, dejadme entrar!

GONZALO.

(*Aterrado.*) ¿Qué voz oigo, ciclo santo?



## ESCENA IV.

DICHOS. ZAFIRA *que entra en el mayor desorden.*

- ZAFIRA. ¡Ah, perdon! El hijo mio  
va á la muerte!... ¡ved mi lloro!  
perdonadle; yo os lo imploro  
con amante desvario!—  
Va á morir él... inocente,  
valeroso, caballero!...  
¡Va á morir!... ¡no, yo no quiero!—  
(*Arrojándose á los pies de don Gonzalo.*)  
¡Perdonadle; sed clemente!
- GONZALO. (*Como abrumado por una pesadilla.*)  
¡Ah! ¿qué me quieres, vision  
que del centro de la mar  
vienes mi mente á turbar,  
á oprimir mi corazon?  
¿No te bastau los tormentos  
que ha sufrido el alma mia?...  
¡Vuelve á la tumba sombría!
- ZAFIRA. (*Con expresion enérgica.*)  
Tan estraños pensamientos  
no abrigueis mas, miserable!  
¡No soy vision de la mente,  
no soy sombra!... solamente  
soy una madre implacable  
que de vos viene á exigir  
los pedazos de su alma!...  
de vos que, en bárbara calma,  
gozais haciendo sufrir!
- AURORA. ¿Qué escucho?
- GONZALO. ¿Podré creer  
lo que miro? ¿no es locura?
- ZAFIRA. ¡Ay!... no, por mi desventura!
- GONZALO. Zafira... ¿te vuelvo á ver?...  
¡Vives!
- (*Dirigiendo una mirada frenética á doña Aurora.*)
- ZAFIRA. Sí, y el juramento  
que hice de no hablaros mas  
no hubiera roto jamás

sin este fiero tormento.

GONZALO. ¡Ay! si fuera... (*Como herido de un rayo.*)

ZAFIRA. (*En tono de amarga reconvencion.*)

Dí, Gonzalo,

¿no te estremeces de horror

al ver el justo dolor

que por los ojos exhalo?

¿No se desgarran en tu pecho

tu corazón palpitante?

¿No has pensado un solo instante

que, abusando de un derecho

por los hombres concedido

y á Dios solo reservado,

una sentencia has firmado

en la cual injusto has sido?

GONZALO. Una sentencia...

ZAFIRA. Sí, sí,

de muerte para mi hijo!

GONZALO. (*Con la mayor ansiedad.*)

Calma ya mi afán prolijo:

¿quién es tu hijo, pronto, dí?

ZAFIRA. ¿Quién?... El que ilustra la prole

de Muley; don Juan: aquel

á quien persigues cruel

para que más se acrisole

su nobleza y su valor.

El que inicuo has sentenciado

no en justas pruebas fundado

sino en tu ciego furor!

GONZALO. No: las pruebas solamente

han dictado su sentencia.

ZAFIRA. ¿Las pruebas?... ¡De su inocencia

mil has tenido presente!—

(*La luz del alba empieza á penetrar por el balcon.*)

Mas no es al morisco en él,

no es al pérfido traidor

á quien con tanto rigor

reservas muerte cruel;

es al que juzgas amado

de una muger inocente,

á la cual villanamente

culpas también obcecado!

Nadie su crimen probó;  
nadie á fé; solo tu furia  
vengar queriendo una injuria  
la sentencia fulminó!

AURORA.

¡Cielos!

GONZALO.

(*Batallando con mil emociones diversas.*)

¿Podrá cierto ser?...

¿qué es esto que por mí pasa?...

¿por qué mi frente se abrasa?...

¡Zafira!... ¿qué debo hacer?

¡Habla!... ¿cómo reparar?

cómo... ¡ay Dios! ¿y yo he podido

entre mil sombras perdido

tal infamia ejecutar?

ZAFIRA.

Sí: mas corramos...

(*Oyese en este momento el ruido de una marcha fúnebre:*

*Zafira queda como petrificada al escucharlo.*)

¡Gran Dios!

¡mi sangre se hiela!...

AURORA.

(*Dando un grito de horror.*) ¡Oh!

GONZALO.

(*En la mayor consternacion.*) ¡Cielos!

ZAFIRA.

(*Corre al balcon: dá un grito espantoso, y en seguida dice á D. Gonzalo desesperada.*)

¡Ah!.. ¡dejad ya los recelos:

venid, corramos los dos!...

(*Desde este instante se oirá un rumor sordo que irá aumentando gradualmente hasta que se dejen percibir algunos gritos.*)

AURORA. Si...

GONZALO. (*Con amargura despues de dudar un momento.*)

¡Yo no puedo!

ZAFIRA.

(*A doña Aurora, llorando y en el colmo de la desesperacion.*)

Señora,

rogad conmigo tambien.

¡Van á matarle... á mi bien!...

¡Maldita luz de la aurora!!

(*Fiendo ya la claridad del dia.*)

GONZALO.

¡Maldita justicia humana

tan torpe, tan impotente,

para el bien nunca presente,

nunca para el mal lejana!...

:

¿Por qué das al hombre, di,  
un poder que Dios tan solo  
sabe usar sin torpe dolo,  
sinó le alumbras aquí?  
¡Sí, sujeto á un férreo yugo  
que hora es muerte de los dos,  
no alcanza nunca á ser Dios  
y ha de ser siempre verdugo!—

ZAFIRA. (Frenética y queriendo arrastrarle hácia el  
balcon.)

¿No sientes la sangre hervir?...  
¡Ven, ven á verle morir!...  
¡goza, mónstruo del averno!  
¡Él es tu hijo!

GONZALO.

¡Ah!

AURORA.

¡Dios clemente!

ZAFIRA.

¿Y él mismo sin vacilar  
pudo su firma estampar  
en la sentencia!

GONZALO.

(Con la mayor amargura.) ¡Oh, detente!..—

¡No partas mi corazon!

ZAFIRA.

¡Tu corazon!... inhumano  
cuando firmaba tu mano  
¿qué decia, qué?...

GONZALO.

¡Perdon!

mi frente se despedaza...  
me vuelvo loco... ¡hijo mio!  
¡yo soy tu verdugo impío!

(Cae desplomado en un sillón.)

ZAFIRA.

¡Sí, tú azote de mi raza!

¡Tú eres su verdugo, si!

(Corre al balcon y sigue en la mayor ansiedad los movimientos de la multitud. Doña Aurora tambien los observa con interés.)

GONZALO. (Con efusion y sobreponiéndose á las dudas que le agitan.)

No; yo le quiero salvar!...

¡Aunque supiera encontrar  
la muerte!...— ¡Ven! (A Zafira.)

ZAFIRA.

(Muy consternada.) ¡Ay de mí!  
¿no intentan hora matarle?...

(Óyense distintamente los gritos de la multitud furiosa, y algunos disparos de arcabuz.)

á él la plebe se avalanza...

¡Ah!... ya no queda esperanza!

GONZALO. Aun podremos libertarle...

(*Va á salir precipitadamente.*)

ZAFIRA. ¡Ah, no: rompen sus cadenas!...

GONZALO. ¿Qué dice?...

ZAFIRA. ¡Son mis hermanos!...

Sí, los soldados cristianos  
dispersos huyen!

AURORA. Apenas

puedo creer lo que miro.

GONZALO. ¡Ah! (*Con estremado gozo.*)

ZAFIRA. (*Con efusion.*) ¡Ya está libre!... ¡Señor,  
gracias por tanto favor!

AURORA. ¡Libre!

GONZALO. ¡Libre!... yo deliro.

UNA VOZ DENTRO. ¡Muera el vil!

OTRA VOZ. ¡Muera!

ZAFIRA. (*Mirando por el balcon.*) ¡Dios santo!

Aquí la turba se lanza  
ardiendo en sed de venganza.

AURORA. ¡Oh cielos!

ZAFIRA. Llenos de espanto (*A Gonzalo.*)

tus servidores... ¡Ah! ven,  
evita la furia...

GONZALO. No.

¿Qué importa que muera yo  
si ya está libre mi bien?

## ESCENA V.

DICHOS. DON JUAN, que entra por la puerta del fondo con un alfanje desnudo. A poco HUSCEN y varios moriscos.

JUAN. (*A don Gonzalo.*) ¡Por fin te tengo en mi mano!

¡ya eres mio!

ZAFIRA. (*Corriendo á él y deteniéndole.*) ¡Tente, Juan!

JUAN. ¡No; ya no te oigo! Serán  
todos tus ruegos en vano.

ZAFIRA. ¡Oye la voz de una madre!...

- JUAN. Hoy ya no; que mi esperanza  
toca el fin de mi venganza...  
(*Salen Huscen y moriscos.*)
- GONZALO. ¡En los brazos de tu padre!  
(*Con la mayor ternura.*)
- HUSCEN. (*Con recelo, y dejando caer el alfange de la mano.*)  
¿Qué?...
- JUAN. (*Desconcertado y entre duda y desconfianza.*)  
¡Mi padre!
- ZAFIRA. Sí: Muley  
no el ser, el nombre te dió;  
y en tí, Juan, siempre fundó  
la esperanza de su ley.  
Él me quiso, y generoso  
supo obrar tan bien conmigo  
que siendo solo mi amigo  
fué para el mundo mi esposo.
- JUAN. ¡Padre!...
- GONZALO. ¡Hijo mio!... ¡Zafira!...  
¡qué placer tan grande pruebo!...  
como es á mi pecho nuevo,  
aun me parece mentira.  
(*Presentando la mano á Huscen.*)  
Huscen... olvido y perdon!
- HUSCEN. ¿Olvido... para un cristiano?
- GONZALO. ¡Oh fanatismo inhumano!—  
¡Hermanos los hombres son!
- ZAFIRA. ¡Huscen!... (*En tono de súplica.*)
- HUSCEN. (*Dominándose, y estrechando la mano de don  
Gonzalo.*) ¡Gonzalo!..
- GONZALO. (*Procurando ocultar su emocion.*) Partir  
debeis hora de Granada,  
que fuera empresa arriesgada  
mas en Granada vivir.—  
(*Oyese el sonido lejano de una trompa y voces muy distantes  
de alarma, mezcladas con el campaneó de la ciudad que  
apenas se percibe. Huscen corre al balcon.*)  
¿No escuchais?... el ronco son  
de la trompa rasga el viento:  
no perdais ya ni un momento  
que es la muerte la inaccion.
- HUSCEN. Ya manda aquí la ciudad

- muchedumbre de soldados.  
 Huid, huid de los hados  
 la funesta crueldad.  
 Partid.—Aunque valerosos  
 pocos sois, y mil guerreros  
 desnudan ya sus aceros  
 de venganza codiciosos.  
 Si os quedais ¿cuál vuestro fin?...  
 ;Me horroriza!... Partid pues:  
 que salvar muy fácil es  
 los muros del Albaicin.  
 A favor de este alboroto  
 á la Alpujarra volad...  
 y con vosotros llevad  
 mi pobre corazon roto!
- HUSCEN. (*A los moriscos.*) Sí, partamos, pues su seno  
 la patria nos niega.
- ZAFIRA. Vamos;  
 que ya el suelo que pisamos  
 flores brota de veneno!
- GONZALO. ¿Qué, tú Zafira, tambien  
 me abandonas?... ;Tente!
- ZAFIRA. (*Haciendo un esfuerzo sobre sí misma.*) No.  
 Partir luego debo yo  
 que á entrambos nos está bien.
- GONZALO. (*A don Juan.*) ¡Ah! tú al menos... Mil placeres  
 gozarás, hijo, á mi lado:  
 serás noble, respetado  
 como grande!... habla: ¿qué quieres?  
 habla, y á las plantas luego  
 del rey don Felipe iré...
- JUAN. (*Muy conmovido y dirigiendo una mirada á  
 doña Aurora.*)  
 (*¡Aurora!...*) (*A don Gonzalo, procurando do-  
 minarse.*)  
 Yo partiré...  
 lo exige vuestro sosiego.
- GONZALO. ¡Ah!
- JUAN. Lo exige, y... madre mia,  
 nunca os dejará mi amor.  
 Juntos siempre del dolor  
 suframos la saña impía.

- GONZALO.     ;Oh! ¿tú tambien? ;Cielo santo!  
                   ¿por qué me dejais así?  
                   ¿quién tendrá piedad de mí?  
                   ¿quién enjugará mi llanto?
- ZAFIRA.       (*Tomando de la mano á doña Aurora y presentándola á don Gonzalo en estremo conmovida.*)  
                   ¿Quién? Este ángel de belleza  
                   que el cielo te quiso dar,  
                   y á quien debes adorar  
                   como á fuente de pureza!
- GONZALO.     (*Despues de varios afectos.*) ;Aurora!...  
                   (*Presentándole su mano con timidez.*)
- AURORA.     (*Estrechándola.*)                     ;Gonzalo!...
- JUAN.         (*Tomando la otra mano de su padre.*)    Si,  
                   ella es pura como el cielo.  
                   Yo os lo juro.
- ZAFIRA.     (*A Gonzalo.*) ;Es tu consuelo!
- HUSCEN.     Partamos luego de aquí. (*Vanse los moriscos.*)
- ZAFIRA.     (*Queriendo contener el llanto y aparentar tranquilidad.*)  
                   Sí: marchemos á buscar  
                   la paz del desierto!...
- JUAN.         (*Sin poder dominar su emocion.*) ;Vamos!
- ZAFIRA.     (*A don Gonzalo, dando rienda suelta á los sollozos que la ahogaban.*)  
                   Aquí el alma te dejamos...  
                   ¡No nos llegues á olvidar!...
- GONZALO.     ;Hijo!... ;Huscen!... ;Zafira!...  
                   (*Abrazándolos entre sollozos.*)
- JUAN.        (*Desprendiéndose de su padre y partiendo anegado en lágrimas, abrazado de Huscen.*)
- ;Adios!
- ZAFIRA.     ;Adios para siempre! (*Desde la puerta al partir.*)
- GONZALO.     (*Con singular espresion.*) ;Aurora!
- AURORA.     (*Al verlos partir.*) ;Ah!.. ;se salvaron!.. Ahora  
                   lloremos juntos los dos.

FIN DEL DRAMA.





